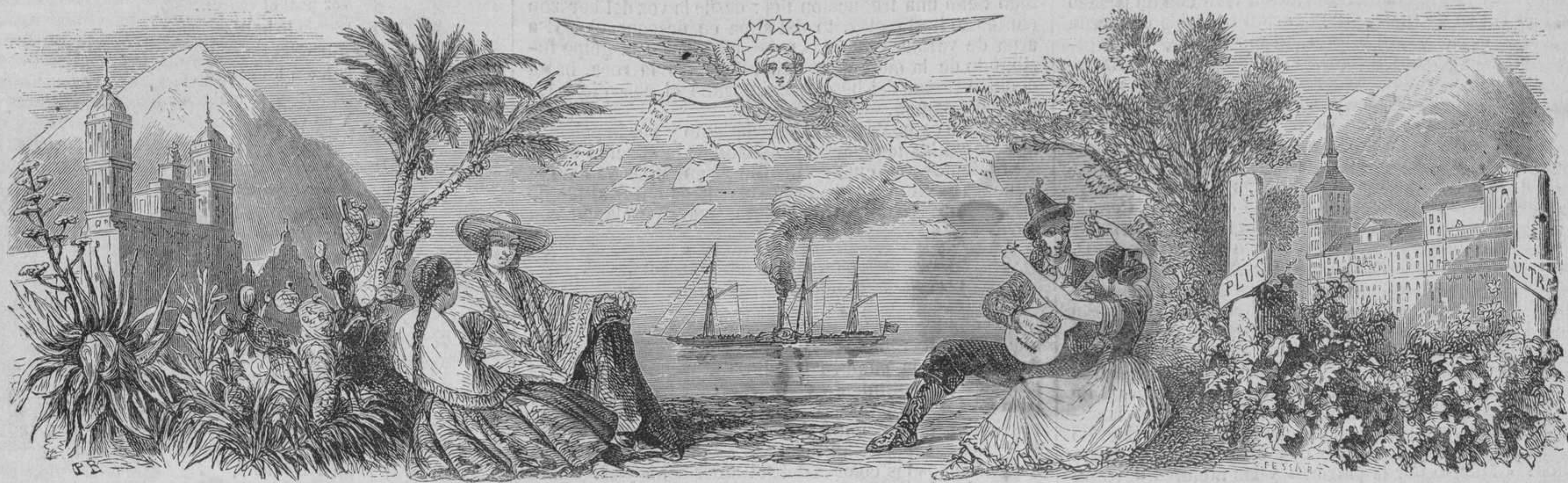


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 504.

## SUMARIO.

Los montenegrinos; grabados. — Don José Antonio Calcaño. — Heridos montenegrinos en la plaza de Cetiní; grabado. — Méjico; grabados. — Revista de Paris. — El sol poniente. — Exposicion de Lóndres; grabado. — Vista del nuevo teatro de Baden; grabado. — Cuentos de Carlos Dickens. — Canalizacion subterránea del canal San Martín; grabados. — Fragmentos de un viaje al Japon, al Amor y al Kamtschaka; grabados. — España en Lóndres. — El señor don Carlos Antonio Lopez; grabado. — Fresco de Juan Girardet; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## Los montenegrinos.

Los montenegrinos continúan victoriosamente su heroica lucha. Ni la ferocidad tradicional de los turcos, ni la superioridad numérica de estos últimos, pueden vencer a esos altivos montañeses, que han jurado no dejar al enemigo mas que rocas teñidas de sangre. Segun las reglas á que se hallan sometidas las generaciones de la montaña Negra, esos hombres indómitos han cal-



HUSSAN, JEFE DE LOS MALISORES,  
pionero de los montenegrinos.

culado que diez años mas de guerra no bastarán á acabar con ellos, ¿Permitirá la Europa la inmolacion de ese pueblo valeroso?

Los montenegrinos son cristianos, y defienden no solo sus hogares donde intenta hace siglos instalarse el horrible despotismo de la Turquía, sino su fe, una fe pura, ardiente, primitiva. Entre ellos no hay escépticos; creen todos porque son fuertes. Además, los montenegrinos son desgraciados, lo que constituye una nueva causa de interés. Pero antes de hablar de su miseria y su resignacion en los atroces padecimientos á que les condena la perpétua defensa de su libertad, destruiremos una preocupacion, ó por mejor decir, una calumnia. Dicen que el Montenegro es una guarida de bandidos; y nosotros atestiguamos firmemente, nosotros que hemos vivido con sus hijos y que les hemos admirado en la paz y en la guerra, atestiguamos que desde hace un año no se ha hablado en el pais de un solo asesinato, de un solo robo. En otras épocas, ese pueblo abrupto condenado por los turcos á la única tarea de los combates, sufría con exceso la influencia de sus hábitos belicosos; la imposibilidad en que se hallaba de cultivar la tierra hacia casi indispensables las razzias de ganados en los paises limítrofes, donde reinaba con la abundancia una indiferencia tan cobarde bajo el yugo, que justificaba, digámoslo así, el tributo de la guerra santa. Al principio, Danilo, de venerada memoria, moralizó á esos hombres;



El vladika Nicolás recibiendo las banderas tomadas á los turcos por los montenegrinos.

tenían el valor y tuvieron el honor. Todo viajero puede recorrer con seguridad los peñones Negros desde Caturro hasta Sculari. Hemos dicho que los montenegrinos son desgraciados, y se necesita haber visto su miseria, para medir todo el horror de su situación, toda la grandeza de su valentía.

Ante el enemigo, cuya organización militar no deja nada que desear bajo el punto de vista material, los montenegrinos se hallan reducidos á vivir con un pedazo de pan negro de maíz, y una ración reducida de pierna de carnero. No tienen abrigo, ni almacenes, ni hospitales de sangre. Los heridos son evacuados penosamente en brazos de hombres, y aun de mujeres y niños hacia Cetinić, cuyas casas están atestadas de moribundos; se acuestan sobre la fría tierra sin colchones ni sábanas, y apenas les quedan hoy algunos pedazos de camisas para curar las heridas.

Esta ausencia de trapos dificulta las curaciones y causa emanaciones que hacen temer el escorbuto. Cetinić ofrece un aspecto deplorable. Delante de la puerta de cada casa, infelices con las piernas ó los brazos rotos, esperan bajo un sol de fuego ó la insana frescura de las noches, á que un muerto les ceda su lugar al lado de un moribundo. El joven príncipe Nicolás no se reserva nada para sí en estos días de luto, pero su generosidad no alcanza á todo. ¡Cosa inaudita! ¡Milagro de patriotismo sin ejemplo! Esos desgraciados no profieren otros lamentos que los que les arranca el dolor en medio de intolerables torturas. Padecen, rezan, mueren en la serenidad de la fe, en el silencio de la resignación. Cuando espira un montenegrino, se oye este varonil y tierno adiós: « Muerto por la patria, » y las mujeres devoran sus lágrimas, pues aquí solo lloran los cobardes.

He hablado de las mujeres y quizá tienen más mérito que los hombres. Estas infortunadas caminan día y noche. Por la tarde van á Cattaro á buscar trigo, le llevan al molino, por lo regular á hombros, y se dirigen después al campamento, donde les esperan sus parientes para comer; luego se ponen otra vez en marcha llevándose los heridos, que no recibirán la primera cura sino veinte y cuatro horas después. Todo esto es desgarrador y sublime. Otro día quizá trataremos de pintar el lado épico de esa guerra mal conocida y mal apreciada; por hoy bástenos alzar nuestra voz diciendo que esas pobres mujeres son acreedoras á la compasión de las señoras del mundo, y que carecen de todo. C. DE M.

### Don José Antonio Calcaño.

Breves seremos, muy á pesar nuestro, al hablar de este distinguido literato americano, que pertenece á una familia de ruseñores. El canto, todo lo que es armonía, todo lo que tiende á sentir bien y á expresar en culta y galana frase el pensamiento, pertenece á la familia Calcaño.

Aun cuando nacido en la Nueva Granada, nuestro poeta pertenece más bien á Venezuela, por haberse desarrollado y hecho su educación en Caracas.

J. A. Calcaño vió la luz primera en Cartagena el 21 de enero de 1827. Su padre, el señor don Juan Bautista Calcaño, era de origen italiano y natural de Venezuela. Su madre, la señora doña Josefa Antonia Paniza, era hija de Cartagena y descendía de una distinguida familia de España.

Por los años de 1828 á 1830, cierto partido en la Nueva Granada creyó que era un acto de patriotismo herir al gran BOLIVAR con el puñal de la ingratitud, ya que no había podido atravesarle el corazón con el puñal del asesino. El padre de Calcaño, entusiasta por el Libertador de cinco naciones, no pudo permanecer en medio de esos fanáticos que todo tendrían menos « la memoria del corazón, » y se alejó con su familia, para acercarse en Maracaibo.

A poco tiempo fué nombrado senador por aquella importante provincia, y se trasladó con los suyos á la bella é ilustrada ciudad de Caracas.

El joven Calcaño hizo sus estudios de literatura y filosofía en los colegios de la capital de Venezuela. Luego siguió los cursos de la Academia militar. Pero impulsado por el *demonio interior*, en vez de aficionarse al estudio de las ciencias exactas, se lanzó en el camino que le trazaba su bellísima *Beatriz*, es decir, la Musa más dulce, púdica, armoniosa, que sonreía al joven con amor, que de lejos como de cerca le regalaba con sonrisas, le poblaba sus campos de bellas apariciones y sus sueños de imágenes celestiales.

El joven Calcaño empezó á cantar con la misma espontaneidad con que el ruseñor alza sus trinos en la floresta; y desde 1845 los diarios más acreditados de Venezuela comenzaron á dar á luz esas bellas estrofas, que fueron aplaudidas en toda la América latina, reproducidas en revistas y libros extranjeros, y que han granjeado al poeta grande y merecida fama. Calcaño no se fió á su propio número: quiso estudiar y estudió con provecho los clásicos españoles, sin desdeñar la lectura de las obras maestras de las literaturas italiana, inglesa, francesa y alemana, en las cuales es muy versado, como Abigail Lozano.

El malogrado Planché decía que hoy se hallan en poco número los pensamientos reales; pero los hubiera hallado en abundancia en las poesías de Calcaño. En las numerosas obras de ese bardo resaltan un ardiente culto á la verdad, sentimientos naturales, alteza de ideas, felicidad en la elección de las imágenes. El estilo

es correcto y el verso es una constante armonía, en que no choca una nota falsa.

Como de Laprade, Calcaño conoce ese lenguaje misterioso, dulce é indefinible de la naturaleza. Espiritu contemplativo, alma elevada, corazón tierno y expansivo, se recrea en todas esas músicas del valle, del mar, del bosque. En sus versos se siente el murmurio de las aguas, el arrullo de las brisas. En esas gratas poesías, todo tiene una traducción fiel: desde la voz del corazón contento hasta el grito del alma en desconsuelo. Esa arpa de variadas cuerdas reproduce desde el golpe furibundo de la onda al estrellarse contra la roca, hasta el dulce rumor del beso que imprime el ceferillo á los lirios del campo.

Calcaño es poeta por el pensamiento y por la palabra, filósofo en las tendencias, cristiano en la filiación de los sentimientos. El, cuando medita y contempla ya bajo la inmensa sombra de ese árbol rey, la ceiba, ó al pie de la elegante y lánguida palmera, puede exclamar con Parry:

Naissez, mes vers, soulagez mes douleurs,  
Et sans effort coulez avec mes pleurs.

Calcaño es más inspirado por el corazón que por el alma; y ya ha dicho M. de Lamartine que cuando el corazón dicta, la pluma corre ligera. Tiene tesoros inagotables de sentimiento y amor, su alma cree y espera, cosa rara hoy, cuando los hombres corren tras los azares de la especulación ó de los amores fáciles. Su pensamiento no reposa un instante. Sus cantos son un reflejo de todos los colores del sol americano y están impregnados de los perfumes de nuestro magnífico pensil.

Calcaño tiene á la vez la inspiración y el arte. Y al tributar este elogio á tan amable poeta, no cedemos al afecto que nos inspira, sino que nos conformamos al juicio emitido ya por literatos de alta nota en América y España.

Entresacar algunos versos de las innumerables poesías de Calcaño, es cosa difícil, pues á cada línea hallamos algo que nos hechiza. Lo mejor será transcribir lo que á la suerte caiga en nuestras manos.

Dejemos á un lado el sencillo y conmovedor poemita *Lilia*, las deliciosas poesías *Al lucero de la tarde*, *el Alma enferma*, *la Madre loca*, la valiente oda *las Águilas*, y cien más. Pasemos en silencio muchas de las poesías de Calcaño publicadas ya, puesto que su mérito ha sido reconocido por todos, y transcribamos algunas estrofas de varias composiciones inéditas, que de ese poeta están en nuestras manos.

La perla de Cuba, la inspirada y simpática cantora señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, pidió al poeta del Calamar una composición para un periódico que redactaba en compañía de otras señoras. Calcaño le envió un precioso canto, en que se exhibe á la vez el bardo y el caballero. En esa pieza hallamos los versos que abajo copiamos, llenos de donosura y que tomamos de *la Maga y el genio de las selvas*. El bardo navegaba cuando de repente se le presenta *la Maga de niveo pie*, y le pide cantares y flores. Ella habla y él responde:

— Piragüero americano,  
Díjome ella,

Atraca el batel liviano:  
No temas, eres mi hermano,

Que mi estrella

Nacer en tus cielos vi:

Soy la hija de la Antilla:

A la tierra de las palmas

Traje ya mi navicella.

— Tentadora de las almas,

Me engañas, la respondí.

Me tiendes redes

De confianza;

Más cuánto puedes,

Bien se me alcanza:

Deslumbras, déjame,

Déjame huir.

Ni nave tienes

Ni patria hubiste,

Del cielo vienes,

En él naciste,

Que yo de él, fúlgida,

Bajar te ví.

¡De bordo, oh leño,

Viremos rápidos!

¡Huyamos! — ¡Vano empeño!

Cautivo fuí.

— Cautivo, dijo riendo

De mi pena,

Es vano huir, lo estais viendo,

Que sabes tocar entiendo

Dulce avena:

La voz suelta, yo te oiré.

— Maga, te han de ser extrañas,

La dije, las armonías

Del genio de las montañas:

Solo ellas oyen las mías:

Tristes son, mas cantaré.

Y al punto miro

Por los rosales,

En leve giro

Y albos cendales  
De hadas bellísimas  
Gentil tropel.  
Canto sonoro  
Daban al viento,  
Quise á su coro  
Mezclar mi acento,  
Voz pedí al céfiro...  
¡Sordo le hallé!  
Rumor al río,  
Trino á los pájaros,  
Ruidos al bosque umbrío...  
Y en vano fué.

De perlas entrelazadas  
Con telinas,  
Lleva un cestillo: á sus hadas,  
De flores las más preciadas,  
Las más finas,  
Llenarlo profusas ví,  
Y aun díjome la hechicera:  
— Dame flores de tus valles.  
— Dártelas todas quisiera,  
Dije, mas dudo que halle  
Como las tuyas aquí.

Bella sirena  
De la cestilla  
De flores llena,  
Ninguna brilla  
Por más espléndida  
Digna de tí.  
Mas una existe  
De amor memoria;  
De un alma triste  
Guarda la historia;  
Y á ella, por lúgubre,  
Mi amor le dí.  
¿Flores me pides?  
Tómala, guárdala:  
La flor del no me olvidas  
Llamarla oí.

El romance *Amores de niño* es notable por su simplicidad y seductora gracia. El poeta habla así á su Elvira:

¿Te acuerdas de aquellos tiempos  
En que tú niña y yo niño  
Tuvimos, Elvira mía,  
Tan alegres amorcillos?

Ellos para mí no han muerto,  
Conmigo viven, dormidos;  
Pero suelen despertarse,  
Y entonces ¡cómo deliro!

¡Cuánta dicha en esas horas!  
¡En tí, cuántos atractivos!  
¡Cuánta inocencia en tu pecho!  
¡Y cuánto amor en el mío!

Me parece que te veo:  
Ibas para los floridos  
Quince abríles de la vida:  
Yo de diez y ocho en camino.

Tal eras, que en tí veía  
Al parecer indeciso,  
Rosa que recoge el cáliz,  
Botón á punto de abrirlo.

*La Flor del tabaco* contiene dulces versos; y si es cierto que el cantor olvidó todos los elementos que le ofrecía el asunto para hacer una poesía á la vez descriptiva y filosófica, no por eso carece de mérito por la manera como pinta la flor y los recuerdos que evoca. La composición es muy larga, y de ella tomamos las siguientes quintillas:

Tan humilde é inodora  
Y de color tan opaco,  
Flor del tabaco,  
Mi alma te adora  
Mas que á esa reina orgullo de la aurora.

Tú tienes para mi vida,  
Mas que ninguna, fragancia:  
La de mi infancia  
Que en tí escondida  
Guardaste fiel desde mi edad florida.

Tú no envidias á la rosa  
El carmín que no tuviste;  
Si vives triste,  
No es que te acosa  
Ansia de aroma ó púrpura orgullosa.

Tú, cuando pasa la brisa,  
Ni te quejas ni murmuras,  
Antes procuras  
Fugaz sonrisa  
Que á Dios te muestra plácida y sumisa.

Ni por bello al lirio ofendes,  
Ni ajas por humilde al cardo:  
Tú de bastardo  
Sentir no entiendes,  
Tú ni en rubor ni en cólera te enciendes.

A llorar al río es una piececilla dulce y tierna como otras muchas que solo saben producir Calcaño, Yopez y Selgas.

Héla aquí:

#### A LLORAR AL RIO.

— Niño, ¿ á dónde vas? — Al río.  
¿ Y al río á qué? — A llorar.  
— ¿ Y á llorar porqué, ángel mio? — ¡ Fuera triste de contar!...  
A llorar  
Al río.  
— ¿ Dónde está tu bien? — No existe.  
— ¿ No existe? ¿ murió? — De amor.  
— ¿ De amor? ¿ Ingrato le fuiste! — ¡ Ten piedad de mi dolor!  
¡ Ya mi amor  
No existe!  
De este modo junto al río,  
Virgen de dulce mirar  
Hablaba á un doncel sombrío  
Que iba, la tarde al bajar,  
A llorar  
Al río.  
— ¿ La amaste tú? — Con el alma.  
— ¡ Y heriste su corazón!...  
¡ Y ni aun hoy goza de calma!...  
— Quitame ¡ ay! por compasión,  
Corazón  
Y alma!  
— ¿ Verla ansiaras? — ¡ Por el cielo!  
— Cerca está de tí... — ¿ De mí?  
— ¿ No me ves? — ¡ Ay!...  
— Adios, ¡ vuelo!  
— ¡ Detente, ó muero sin tí!...  
¡ Ay de mí,  
Oh cielo!  
La virgen se hundió en el río,  
Y él con su amargo llorar,  
Desde entonces mas sombrío  
Le ve la tarde bajar  
A llorar  
Al río.

La oda *A mi alma*, que sentimos no sea tan larga como otras deberian ser cortas, contiene estas estrofas:

.....  
Pero, pobre alma mia, ¿ no has oido  
El destino contar del extranjero?  
¿ Para qué desterrado nunca ha habido  
Reposo, ni lo habrá?  
Aves las almas son; pero á su vuelo  
No hay mas que un árbol de solaz y vida;  
El su copa eternal tiene en el cielo:  
¡ Tus alas tiende allá!

El *Canto marino* es valiente por la entonacion, atrevido por las imágenes, hechicero por las descripciones, filosófico por las reflexiones que la contemplacion del mar sugiere al poeta. Dice así, entre otras cosas:

Pláceme, oh mar, tus aguas transparentes,  
Alces tu voz tronante ó ya serena,  
Ya en las rocas colérico revientes,  
Ya suspires pacífico en la arena.

Pláceme todo en tí; blancas espumas,  
Dormidas ondas, rudos arrecifes,  
Tus verdes algas, tus oscuras brumas,  
Anchas naves y débiles esquifes.

Yo no temo tus iras, tu arrogancia,  
Y tu sonora voz es á mi oído  
Cual de un amigo de la dulce infancia  
El cariñoso acento conocido.

¿ Cómo en tus ondas recelar enojos?  
A tu orilla nacer me dió Fortuna,  
Y las tinieblas al romper mis ojos,  
Te hallé arrullando con amor mi cuna.

Las mismas son tus aguas azuladas  
Que de mi patria al pié baten los muros,  
Las mismas que en espumas destrenzadas,  
Niño, mis piés bañaron inseguros.

La *Tempestad* hace juego con la *Poesía al mar*, y se distingue por las mismas cualidades.  
El poeta se expresa así:

.....  
¡ Ya te acercas, ya acudes! ¡ ya á mi vista  
Tu enérgica mirada centellea!  
Bajo tu planta el orbe bambolea...  
Roncos sus ejes rechinando están.  
Y ¡ cuán bella á mis ojos apareces  
Con soberana voz tu ley dictando,  
Tu melena de fuego derramando,  
¡ Serpes que el éter encendiendo van!

¡ Y tardabas! ¿ porqué, tú que me viste  
Sobre el cubierto monte deleitarme  
Con tu eléctrico aliento y extasiarme  
De tu poder al hórrido fragor,  
Cuando perdiendo su equilibrio el mundo  
Al ronco empuje del rugiente trueno,  
Do negra nube en el preñado seno  
Serpenteaba tu rayo asolador?

¡ Prosigue audaz! remeden tus torrentes  
Las anchas cataratas del diluvio;  
Del ígneo Cotopaxi y del Vesubio  
La lava emula y roja claridad.  
— ¡ Sigue tu curso audaz! tú sola eres  
Señora de esa bóveda enlutada:  
Colérica, altanera, desgreñada,  
Solemne en tu satánica beldad.

Como muestra de las poesías filosóficas de Calcaño, transcribiremos la única que poseemos, *el Cuerpo y el alma*, aun cuando el autor ha escrito otras que valen aun mas.

#### EL CUERPO Y EL ALMA.

— ¿ Tan mal te avienes, alma, conmigo,  
Que ya me quieres abandonar?  
— Tú desfalleces, mi pobre amigo:  
Llegó la hora de descansar.

¡ Ay! ¡ me asediaron desde la cuna  
Tan ímpios hados!... ¡ cuánto sufrí!  
— Así mis lágrimas una por una  
De entonces vengo dando por tí.

— Bien te he sentido dentro en mi seno  
Clamar al cielo por mi favor;  
Mas hoy tu rostro de dicha es lleno,  
Cuanto yo ¡ misero! de hondo terror.

— ¡ Es que del cielo la luz me alienta,  
Mis alas de ángel torno á mover!  
— ¡ A mí la tierra me aguarda hambrienta,  
Por devorarme la miro arder!

— Acalla, hermano, tu pesadumbre:  
Tú nunca hubistes otra mansion.  
— ¿ Porqué mi nada tocó tu lumbre?  
¿ Porqué me hablaste de tu region?

— Fué vagar juntos nuestro destino,  
Sin comprendernos llegar aquí:  
Así hace el astro su alto camino,  
Sobre su tallo la flor así.

— De astro y flor era nuestra existencia;  
Mas hoy que pierden lumbre y olor,  
Tú eres la llama, tú eres la esencia;  
Yo el globo oscuro, la muerta flor.

— ¡ La madre tierra dé bienhechora  
Sueño á tus ojos, paz á tu sien!  
— ¡ No! ¡ que á sus hijos ella devora!  
¿ Quién de sus brazos me libra, quién?

— Acaso culpa de ellos expia  
Cuando desgarras su corazón;  
Y aun ponen ¡ ciegos! rémora al día  
Que alumbrar debe su redención!

¿ Qué me revelas?... ¡ la pobre madre!...  
¡ Ve, pues, implora por ella á Dios!...  
¡ Trágame, oh tumba!

— ¡ Confía en el Padre!

— ¡ Muero, alma mia!

— ¡ Descansa! ¡ adios!

Y si se quiere una poesía lírica completa, en que campean los buenos versos, aquí transcribimos la titulada:

#### A ORILLAS DEL TAMAIRA.

Sitios tan largo tiempo abandonados,  
Presentes siempre en la memoria mia,  
Verdes colinas y floridos prados  
Que abrigo disteis á mi infancia un día;  
Fuente, aves, auras y árboles copados,  
Que me hicisteis tan dulce compañía,  
Tras tanto suspirar al fin os miro,  
Y aun temo, al contemplaros, que deliro.

No, no, vosotros sois: jamás el viento  
Supo mecer las hojas de otra olmeda  
Con tan muelle y pausado movimiento,  
Ni la voz remedar con que aquí rueda;  
No, no, vosotros sois: no existe acento  
Que tu arrullo emular, Tamaira, pueda,  
Ni sombra, oh valles, que la vuestra imite,  
Y donde así mi corazón palpita.

Abrid, abridme el florido seno:  
En él descansa mi agobiada frente,  
Y como un tiempo, de ilusiones lleno,  
Vuelva á latir un corazón ardiente.  
Ved que á mi pecho es el placer ajeno  
Desde que os lloro en soledad ausente;  
Dad una sola á mi alma entristecida  
De las pasadas horas de mi vida.

¡ Oh memorias, oh prados! por do quiera,  
Que se despierta un eco me parece  
De mis dulces delirios: aquí era  
Donde ese mismo sol que ora fallece  
Me alumbraba al caer, de esta palmera,  
Cuyos flecos temblante el aura mece,  
Al rumor placidísimo tendido  
Y en la luz de la tarde embebecido.

Sobre este césped que salpica el río,  
Bajo este fresco pabellón de flores,  
Solaz hallaba al caluroso estío,  
En muelle holganza, delirando amores;  
De uno en otro mas dulce desvarío  
Me llevaban del bosque los rumores,  
Y era á mi alma ya fácil lenguaje,  
El del viento y las aves y el follaje.

De este remanso el trasparente seno  
Mis fatigados miembros refrescaba,  
En torno abriendo su cristal sereno  
Que en círculos de plata se bordaba:  
De azules flores y fragancia lleno  
Este mismo dosel me cobijaba,  
Poblando el aire, como aladas rosas,  
Estas mismas flotantes mariposas.

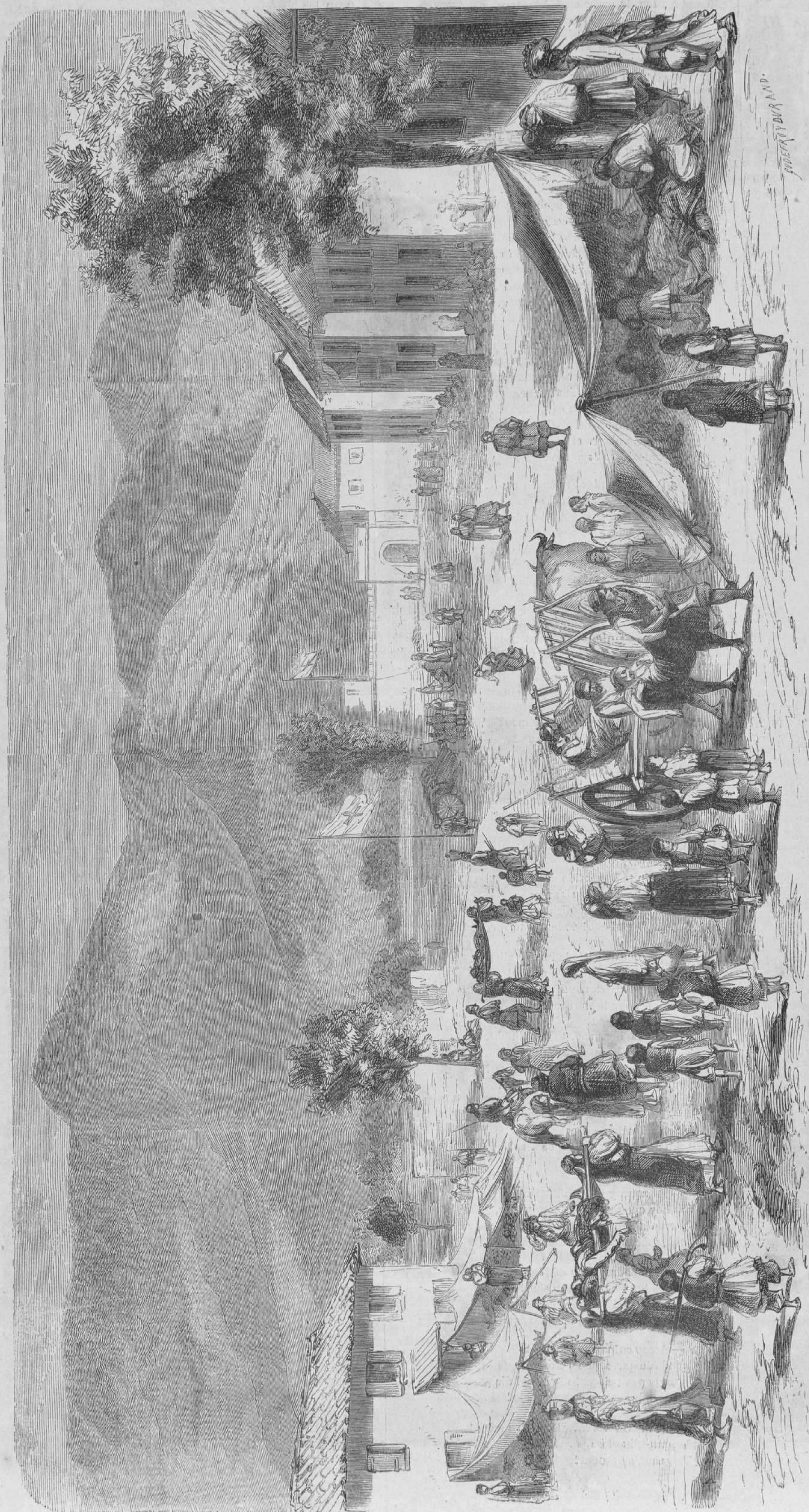
Cuánto era grato al susurrar del agua  
En vago insomnio adormecer la mente,  
Del sol mirando, cual rojiza fragua,  
Reverberar la luz en la corriente;  
Mientras dejaba allá blanca piragua  
El canto oír de la marina gente,  
Y el viento acá, de los pajizos techos,  
El humo en nívea espira alzaba á trechos.

Cuántas veces el rayo de la aurora  
Me encontraba del mar en la ribera,  
De las espumas á la voz sonora  
Mecida el alma en infantil quimera;  
O en mi angosta barquilla voladora,  
Suelto el cordel, corriendo la pesquera,  
Al frescor del terral que difundía  
Los que en la playa bálsamos bebía!

¡ Oh barca, oh viento! ¡ oh mar, azul espejo  
Donde mi lona blanca se miraba,  
Donde en verde fantástico bosquejo  
El cocotal sus palmas dibujaba!  
Y calando del sol fugaz reflejo,  
Submarino país me retrataba,  
Paraiso de záfiro y topacio,  
De nereidas y sílfidas palacio.

¡ Oh instantes de delirio y poesía!  
¿ Dó están los sueños y el cantar antiguos?  
Alegres aves de la selva umbría  
De mi risueña vida ayer testigos,  
Hoy de la grave pesadumbre mia,  
Canoros y dulcísimos amigos,  
¿ Sabeis de algun arroyo en esta selva  
Que el bien perdido á un corazón le vuelva?

(Se concluirá.)



Heridos montenegrinos en la plaza de Cetinié.

de la insurrección; el virey Apodaca fué destituido por sus propios soldados, que eligieron en su lugar a Novella.

Por el mismo tiempo la revolución en la península, donde se había introducido un gobierno popular, ejerció sobre la suerte de los americanos una influencia sensible. El general O'Donoju, nombrado virey de Méjico, llegó penetrado de la idea de que era imposible conservar las colonias, y que lo que se debía procurar era un acuerdo entre las dos partes. Después de haberse entendido con Apodaca, con Novella y quizá con Iturbide, O'Donoju concluyó en Córdoba un tratado con el jefe de la insurrección, que arrojando la máscara se tituló *general en jefe del ejército imperial*. Por este tratado se reconocía la independencia de Méjico.

Iturbide entró en Méjico, cuyas puertas le abrió O'Donoju. El municipio le entregó las llaves con gran pompa,

**Méjico.**

(Artículo V. — Véase el número 491.)

Después de otras tentativas de insurrección que hicieron los sucesores de Morelos sin ningún resultado definitivo, llegó por fin el año 1824, época en que se decidió la suerte de los mejicanos. Apodaca, virey a la sazón, había enviado al coronel Iturbide a la cabeza de un regimiento para apaciguar los disturbios ocurridos en Acapulco; pero éste, apenas llegó a los insurrectos, se pasó a sus filas en vez de combatirlos. Recibiólos con entusiasmo, y en breve se vió a la cabeza de un numeroso ejército, que por el ascendiente de su inteligencia gobernaba de un modo absoluto. Las divisiones que sobrevinieron entre los españoles sirvieron mucho la causa

y una junta de gobierno provisional nombró una regencia del imperio. Iturbide, cuyos planes se veían ya, después de haber prestado juramento, fué nombrado general de tierra y de mar del imperio mejicano. Pero en breve el hombre que había servido de instrumento a Iturbide, O'Donoju, desapareció de la escena, muriendo de repente.

Sin embargo, las Cortes españolas no habían ratificado el tratado de Córdoba. La regencia se aprovechó de esta circunstancia para elegir un imperio independiente de España, y decretó que confería esta dignidad a Iturbide, quien habiendo llegado así al colmo de sus votos, se apresuró a empujar las riendas del poder, sin que le asustaran las oposiciones hostiles que le amenazaban ya con la pena de los traidores.

La resistencia se anunciaba en efecto, con un aspecto imponente. Seis mil hombres marchaban hacia la capi-

tal a las órdenes de los generales Victoria, Santa Ana y Guerrero, y una parte del Congreso que no había querido tomar parte en la elección, llamaba con sus votos a los sublevados. Iturbide se hacía coronar con una magnificencia extraordinaria en el mismo instante en que los insurrectos proclamaban la república. La deserción había comenzado en su ejército. El emperador trató de oponer a sus adversarios el rigor de los suplicios, y cincuenta individuos, de ellos quince miembros del Congreso, fueron encarcelados el 26 de agosto. El cuerpo entero reclamó la libertad de sus miembros, y el emperador contestó con amenazas de disolución.

Efectivamente, en octubre fué disuelto el Congreso, y una junta de pantiaños de Iturbide reemplazó la representación nacional. Pero en el momento en que creyó el emperador que el terror sofocaba la rebeldía, el gobernador de Veracruz Santa Ana proclamó de re-

rente la república, se pronunció con su regimiento y denunció al emperador como usurpador y tirano. Entonces se encendió una reñida lucha; los imperiales vencidos en un principio, se desquitaron, mas la opinión había abandonado á Iturbide; su ejército disminuía, en tanto que el de Santa Ana se aumentaba sin cesar. El emperador fué completamente derrotado, y su efímero reinado llegó á su término. Santa Ana exigió de él la abdicación de un poder incompatible con las libertades públicas. El Congreso anunció en un manifiesto, que Agustín



Disputa entre indias.



Trasporte del pulque.

TIPOS MEJICANOS.

Iturbide convencido de conspiración, había implorado la clemencia de una nación magnánima, que le perdonaba sus crímenes y le desterraba al extranjero, á fin de que pudiese acallar sus remordimientos y tratara de alcanzar el perdón por los males que había causado á su patria.

Iturbide solicitó varios favores en cambio de su abdicación, y obtuvo algunos de ellos, como verbigracia, una pensión anual de veinte y cinco mil pesos. Le designaron la Italia como punto de residencia, y le conservaron el título de Excelencia. Su elección y



Venta del pulque (licor sacado del maguey).



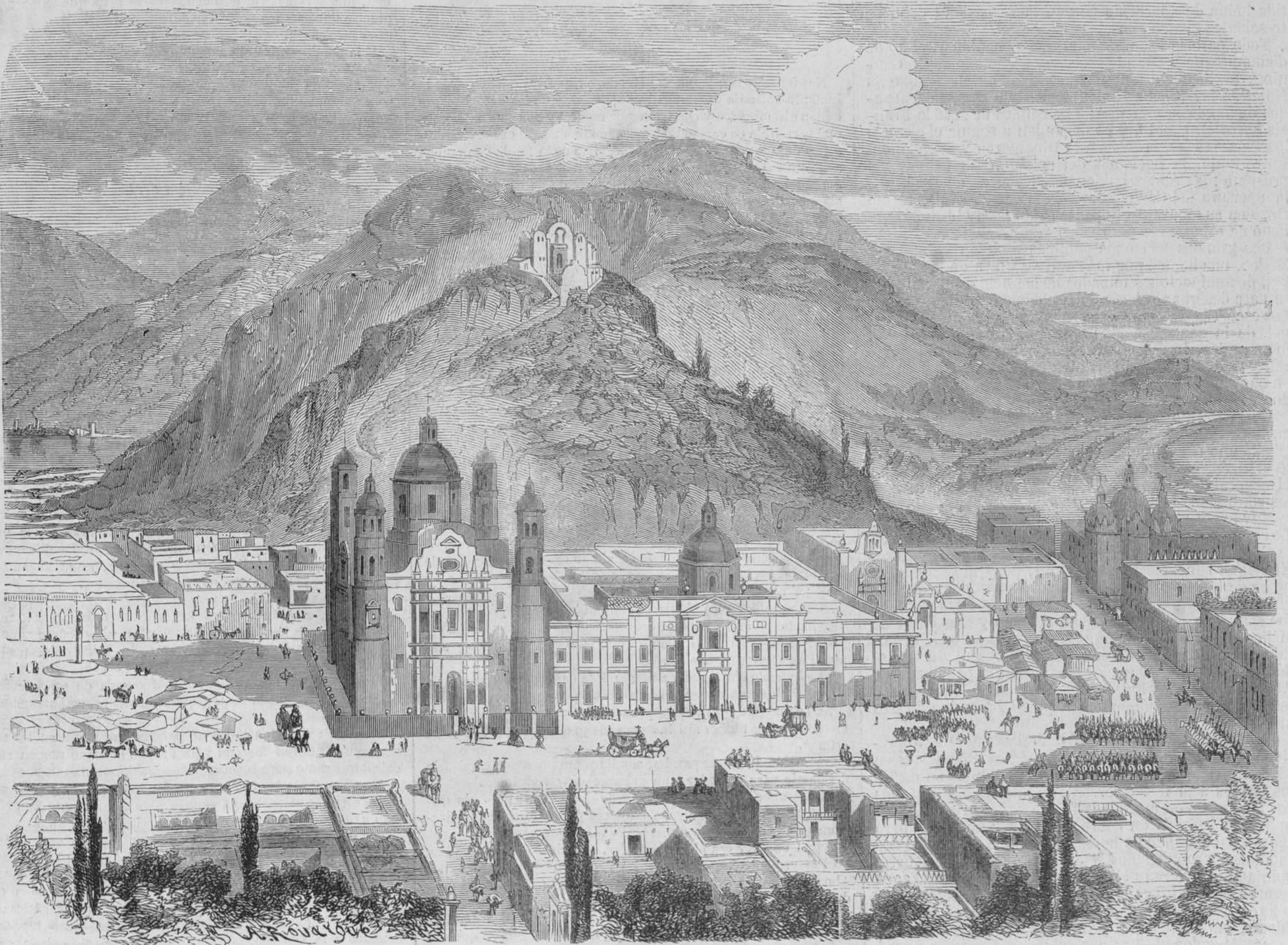
Diurno (guardia municipal).



Un hacendero.



Modo de llevar á los mendigos.



La ciudad de Guadalupe (cerca de Méjico) á vista de pájaro.

coronacion fueron declarados hechos inegales y violentos, y se anularon todos los actos de su reinado.

En breve se proclamó una nueva constitucion, instituyendo las diversas provincias de Méjico en repúblicas federativas (31 de enero de 1824).

Sin embargo, Iturbide cegado por su ambicion habia abandonado la Italia. El 28 de abril de 1824 supo el Congreso mejicano su presencia en Londres, y dió un decreto en el que se decía, que « si Agustín Iturbide volvía á poner los piés en el territorio mejicano, sería declarado traidor y quedaria fuera de la ley. » Dos meses despues el ex-emperador desembarcaba en Soto la Marina, previo el permiso del comandante Felipe de la Garza; pero la legislatura del Estado de Tamaulipas, fundandose en el decreto del Congreso, condenó á Iturbide á la pena de muerte.

El 19 de julio á las tres de la tarde se le notificó la sentencia, y á las seis habia dejado de existir. Fué fusilado en Padilla, capital del Estado, y sufrió su pena valerosamente. Nacido en 1790 en la provincia de Valladolid, contaba entonces treinta y cuatro años.

Segun la nueva Constitucion, el Estado confederado de Méjico se compuso de las provincias comprendidas en el vireynato llamado la Nueva España, de la capitania general de Yucatan y de las comandancias generales llamadas de las provincias interiores occidentales y orientales.

La religion católica, apostólica y romana fué proclamada religion del Estado, y la nacion adoptó para su gobierno la forma de república democrática, representativa y federal.

El Congreso mejicano eligió por tipo de sus instituciones la Constitucion federal de los Estados Unidos de América, aunque conservando ciertas prescripciones de la Constitucion de las Cortes españolas discutida y jurada en Cadiz, de donde resultó un principio de antagonismo entre la administracion gubernamental y la libertad provincial, con estos elementos característicos: por una parte el clero y el ejército que querian mantener sus privilegios feudales, y por el otro las masas que aspiraban á completar su emancipacion.

Los generales Guadalupe Victoria, Guerrero, Bravo, Teran, Santa Ana y Bustamante, que todos habian trabajado en la guerra de la independenciam, poseian titulos iguales á la presidencia de la república, que recayó en Victoria, de la respetable familia de los Fernandez de Durango.

El 26 de noviembre de 1825, el general Coppinger, que se sostenia fiel á la España en el fuerte de San Juan de Ulua, se determinó á capitular, con lo cual Victoria pudo anunciar á sus conciudadanos que el estandarte de Castilla habia desaparecido de aquellas costas al cabo de trescientos cuatro años.

Todo parecia lisonjear á la nueva república; el 30 de diciembre de 1824, el secretario de Estado Jorge Canning, notificaba á todas las potencias europeas, que Su Majestad britanica se habia decidido á enviar encargados de negocios á Méjico; á principios de 1826 la Francia hacia otro tanto, y se disponian á seguir el ejemplo los Países Bajos, la Suecia, la Dinamarca y la Holanda. Entre tanto, la hacienda del pais entraba en una via próspera; las rentas habian triplicado desde 1823, y á la apertura del Congreso, el 3 de enero, el presidente trazó en su mensaje un cuadro grato para el presente, y lleno de esperanzas para el porvenir.

Dos grandes facciones politicas dividian entonces á Méjico, una llamada de los *escoceses* y otra de los *yörnikos*, denominaciones tomadas de la francmasoneria inglesa para designar la logia de Escocia ó la logia de York. Los escoceses sostenian el principio de la unidad nacional, de la centralizacion; eran en el fondo un partido monarquico. Los yörnikos estaban por el sistema federal, y este partido, esencialmente democratico, contaba en sus filas á los hombres que mas se habian distinguido en defensa de la independenciam.

En el mismo instante en que el presidente Victoria acababa de abrir la legislatura el 3 de enero de 1828, estalló una conspiracion armada, de la que formaba parte el vicepresidente Bravo, jefe de los escoceses; pero el general Guerrero le obligó á rendirse, y los principales conjurados fueron desterrados.

Muy luego vinieron las elecciones para la presidencia. Los escoceses presentaron por candidato al ministro de la Guerra Pedraza, y los yörnikos al general Guerrero. El primero fué electo presidente; pero el segundo, á pesar de la mayoría, venció á su competidor á consecuencia de un motin de los yörnikos, en cuya revuelta fué saqueado por el populacho el vasto y rico bazar de Méjico llamado *Parian*. Fuerte con esta victoria el partido democratico, la Camara de los representantes mandó que todos los españoles nacidos en la península, en Africa, en las islas Baleares y en Canarias, salieran del territorio de la república en el preciso término de tres meses.

Poco tiempo despues del advenimiento del nuevo presidente, se formaron contra él muchos partidos, y en 1829 ocurrieron numerosos pronunciamientos en distintos puntos á la vez. Guerrero, no pudiendo someterlos por la persuasion apeló á la fuerza de las armas. Púsose á la cabeza de un cuerpo de 12,000 hombres, pero apenas habia salido de la ciudad de Méjico, cuando dos batallones pronunciados y á las órdenes del general Quintana, corrieron al palacio del presidente y se apoderaron de él á los gritos de ¡*Muera Guerrero!* Al punto se estableció un gobierno, y Bustamante, el vicepresidente, fué proclamado presidente de la república mejicana. Abandonado por sus soldados, Guerrero se vió en la precision de refugiarse en Acapulco, donde vivía

en paz hacia un año, cuando traidoramente fué entregado por 50,000 pesos á su rival Bravo, por un italiano llamado Picaluga.

Guerrero fué fusilado el 14 de enero de 1831, gracias á Nicolas Bravo, á quien sin embargo libertó de la pena capital despues de la insurreccion de Tulacingo. A Guerrero, que era de origen africano, se debió la abolicion de la esclavitud en el territorio de Méjico.

La conducta politica de los antiguos ministros de Bustamante, sobre todo la de Lucas Alaman, excitó un vivo descontento, y Santa Ana que mandaba la guarnicion de Veracruz, se declaró en insurreccion. El gobierno central envió contra él al general Calderon, quien vencedor en un principio, tuvo luego que retroceder, de resultas de los destrozos que hacia el vómito en sus tropas.

Derrocado á su vez por Santa Ana, Bustamante debió ceder el puesto á Pedraza, cuyos poderes estaban á punto de espirar. Despues de la retirada de Pedraza Santa Ana reclamó para si la presidencia y la obtuvo en 1833.

Desde la caida de Iturbide, la historia de la república mejicana podria llamarse la de las revoluciones del general Santa Ana, como dice Alaman en su *Historia de Méjico*; trabajándose hoy por unos, mañana por si, elevando á una faccion para sustituirla luego con otra, y jugando siempre con los partidos, vino á ser el promotor de los sucesos politicos que unas veces le llevaron al poder absoluto y otras al destierro.

Por entonces ocurrió la sublevacion de los generales Duran y Arista, y á la guerra civil se añadió el cólera, que hizo destrozos espantosos. Se asegura que en Méjico perecieron 25,000 habitantes de 150,000, y que en otras ciudades se llevó el tercio de la poblacion. Al ver las tropas de ambos campos diezmadas por el azote, los jefes sintieron por fin la necesidad de hacer la paz, y los insurrectos se sometieron.

En 1834 Santa Ana pronunció la disolucion de las cámaras y dirigió las nuevas elecciones en un sentido retrógrado. La mayoría del Congreso formuló otro acto constitucional que consagraba la centralizacion del poder en la capital, aunque conservando las formas republicanas.

Mientras ocurrían estos graves sucesos, una provincia de Méjico, Tejas, la Andalucía del nuevo mundo, aglomeraba elementos de oposicion que degeneraban al punto en una insurreccion abierta y en una declaracion de independenciam. M. B.

(Se continuará.)

### Revista de Paris.

Nos hallamos en la época del año en que los miembros de la inmensa cofradía de San Huberto, el santo de los cazadores, se hallan diseminados y corriendo por montes y por valles. La caza está permitida en casi todos los departamentos. Al cabo de un descanso de seis meses la escopeta ha salido de la funda con mucho alborozo del perro, ese vigilante auxiliar del cazador que ha comenzado ya su temporada de fatigas y de goces. Desde hace algunos años los aficionados se quejan de falta de caza, y cosa singular! cuanto mas escasean las perdices, mas abundan sus perseguidores. La estadística consigna este aumento al señalar el número de las licencias de caza que se piden, y si el progreso continúa como hasta aquí, es de temer que un dia haya tantos cazadores como ciudadanos franceses. Sea como quiera, lo cierto es que la escasez de caza es hasta hoy un hecho tristísimo, sobre todo para los aficionados á verla en su mesa.

En la estacion del ferro-carril de Lyon tuvo lugar el juéves último un lance muy chistoso. A eso de las once de la mañana se presenta un caballero con una caja bastante voluminosa que queria enviar á Saint-Flour.

— ¿Cuál es su contenido? pregunta uno de los empleados que despachan las mercancías.

— Contiene mármol, respondió el caballero.

La cosa pareció muy extraña, y replicaron que ordinariamente no se enviaba el mármol de Paris á la Auvernia, y que además, el peso de la caja no correspondia al que debia tener estando cargada de piedra.

La turbacion que estas observaciones produjeron en el desconocido, aumentaron los recelos.

— Es preciso abrir esta caja, exclamó resueltamente uno de los empleados.

— ¿Y porqué?

— Porque debemos visitar su contenido.

Y hablando así se fué á buscar instrumentos para abrirla.

— No, no la abraís, exclamó espantado el desconocido; respetad un secreto de familia.

El empleado sin hacer caso, abrió la caja y encontró en ella el cadáver de una mujer envuelto en un paño mortuorio.

No se necesitó mas para que cada cual pensara, y con fundamento, que se tenían allí las pruebas patentes de un horrendo crimen.

Advertido de lo que pasaba, acudió prontamente el comisario del barrio para proceder á las primeras investigaciones.

El desconocido estaba mas turbado que nunca; pero sin embargo, acabó por serenarse, y entonces pudo entrar en explicaciones que restituyeron al hecho su verdadero carácter.

Aquel cadáver era el de su mujer, fallecida hacia pocos dias en Passy, y que él queria enviar á Saint-Flour, su pais natal. Ahora bien, para evitar el pago de los derechos bastante crecidos que hay que satisfacer por el trasporte de un féretro en un wagon especial, el viudo habia tratado de engañar á los despachantes sobre el contenido de la caja, haciéndoles creer que cerraba mármol.

El comisario tomó informes acerca de esta declaracion, que

resultó exactísima en todos sus puntos, y en su consecuencia, este señor tan económico debió pagar los derechos correspondientes, despues de haberse llevado un famoso susto.

En otro tiempo las demandas en separacion entre matrimonios parecían ser el monopolio de las clases ricas: la ociosidad es madre de todos los vicios, dice un antiguo proverbio muy aplicable al caso en cuestion; pero en las familias de la clase media la holganza era una cosa desconocida, el marido iba á su oficina y la mujer se hallaba bien ocupada con la educacion de los hijos. Sucedia pues, que no teniendo horas de sobra para disputar, los esposos se querian. Mas hé aquí que con la invasion creciente del lujo hay tanto malestar en el interior doméstico, que el marido y la mujer se echan en cara mutuamente las incomodidades á que se ven sometidos. En suma, las demandas judiciales han seguido los progresos de la industria, y se encuentran hoy al alcance de todo el mundo. Así es que llueven los pleitos entre esposos que aspiran á la separacion conyugal, y á veces se invocan ante los jueces encargados de decidirla los mas singulares motivos.

Hé aquí el retrato que hacia últimamente un marido de su ex-cara mitad, ó mejor dicho, que habia encargado pintar á su abogado ante el tribunal competente.

Angelina, exclamaba el abogado, se considera como el resumen de todas las perfecciones humanas. Es rubia, y el color de sus cabellos es el de los ángeles; es delgada, y sostiene que la robustez denota materialidad en las ideas, pues á su juicio, todo corazon sensible ha de residir forzosamente en un cuerpo frágil. De este modo, por donde quiera se presenta Angelina, pretende ser admirada.

El marido ha gastado ya toda cuanta admiracion cabia en él, y no le queda ni siquiera el cariño suficiente para no ver cómo se pone ella en ridículo en todos los salones y hasta dentro de su propia morada.

Hace algunos meses Angelina deseaba una nueva doncella; esta señora no tiene bastante fortuna para darse el tono que está en sus vanidades, y como no quiere suprimir nada de un lujo que la parece el fondo indispensable en donde brillar su hermosura, busca el lujo barato. En una palabra, quiere criados que sean modelos de perfeccion en el servicio, por un salario módico.

Angelina tenia en su elegante gabinete varias visitas, cuando la anunciaron que habia venido una jóven á proponerse de doncella y deseaba hablarla.

— Que entre, responde Angelina á su criado.

En efecto, este introduce á una jóven muy bien vestida, como conviene á una doncella de casa principal: sombrero, guantes, manteleta á la moda, en fin, un traje de señora.

— Hija mia, dice Angelina, pues es de advertir que Angelina está en la juventud y á todas las jóvenes las habla así, como dándose un aire de superioridad que suele ser muy cómico; hija mia, ¿ha servido Vd. en buenas casas? La que entra aquí es preciso que conozca perfectamente el servicio.

— Sí, señora.

Y la nombró unas cuantas duquesas y marquesas.

— Muy bien: ¿qué sabe Vd. hacer?

Y Angelina rebosando de júbilo porque podia dar á conocer á las señoras que la escuchaban el servicio que exigía de su doncella, entraba en una série de preguntas á las cuales la sirvienta respondia siempre afirmativamente.

— ¿Sabe Vd. peinar?

— Sí, señora.

— ¿Sabe Vd. cuidar los encajes?

— Sí, señora, etc., etc.

Finalmente, al cabo de un largo y minucioso exámen que la jóven sufrió á satisfaccion de Angelina, esta declaró que la aceptaba por criada.

A todo esto no se habia dicho una palabra de la cuestion escabrosa, la del salario.

— ¿Me permite Vd. una pregunta? exclamó la futura doncella.

— Diga usted.

— ¿Qué salario acostumbra Vd. á dar?

— Trescientos francos anuales, responde Angelina con tono breve, como si no quisiera ser oida.

Y acto continuo saca un lindo bolsillo, toma en él una moneda, y entregándosela á la jóven, añade:

— Ahí está la señal, puede Vd. marcharse.

La criada un tanto cortada sale del aposento, pero hé aquí que llegada á la antesala se detiene, reflexiona que un salario de 300 francos no puede convenirla á ella, piensa que solo el ofrecérselo es ya una humillacion, y volviendo atrás, abre de golpe la puerta del gabinete, toma la moneda que Angelina la habia puesto en la mano y que era una moneda vulgar de cuarenta sueldos, y se la arroja á la cara á la señora, acompañando este proyectil con palabras que no son para escritas.

En seguida se marchó de veras.

Angelina, corrida de vergüenza, encolerizada hasta lo sumo, clama contra la insolencia de los criados, y las señoras que estaban en el gabinete forman coro con ella, hasta que estas buenas amigas se retiran ansiosas de difundir la anécdota.

El esposo de Angelina funda su demanda de separacion en las pretensiones de su mujer, que ridiculiza constantemente su nombre.

Ejemplos: Angelina compone poesías que recita en los salones en una actitud marcial y pasándose la mano por su rubia cabellera, como para invocar la inspiracion de la musa.

Angelina canta las romanzas mas sentimentales, y suele añadirles algunos versos con algunas frases musicales, á fin de dar á su canto toda la divina poesia que rebosa en su alma.

Por último, Angelina ha querido mudarse de casa últimamente. Vivía en una habitacion que no era cara, porque estaba arrendada hace años, y ha sido preciso deshacer el arriendo con mucha alegría del casero, para ir á ocupar un cuarto en otra casa, sin otra ventaja que la de ser una construccion gótica; las ventanas tienen una forma ojival, y Angelina pasa las horas muertas á la ventana, porque su semblante intercalado en la ojiva debe producir un efecto maravilloso. Cuando los transeuntes se detienen, Angelina se figura que es para admirarla. Ade-

más, cuando entra una visita, el criado que está en la antesala debe anunciar la presencia del visitante soplando en una trompetilla parecida á las que se usaban en la edad media antes de la invención de las campanillas en el interior de las habitaciones. ¡Qué lástima que Angelina no hubiera vivido el año 1830, cuando estaba en su fuerza y vigor el romanticismo!

Hemos dicho y repetimos que el esposo funda únicamente los motivos de la separación que pide en las ridiculeces de su mujer, pues en cuanto á la honra conyugal, está al abrigo de toda sospecha. Ahora bien, la ley no cuenta estos motivos en el número de los que implican la separación, y hé aquí al infortunado esposo condenado al ridículo hasta el último día de su vida.

Hay mas aun, y con esto concluimos: desde que se ha entablado el pleito, Angelina quiere pasar por víctima, y compone versos y mas versos contra su marido, á quien designa llamándole tirano: si escribe es contra el tirano, si canta es contra el tirano, si habla es contra el tirano... ¡Puede darse un suplicio mas horrible!

Existe en París en la biblioteca de Santa Genoveva un bibliotecario anciano ya, y que es un prodigio de memoria. Hé aquí un hecho que lo acredita así, y que tuvo lugar en una de las noches de la última semana.

Es de advertir que el bibliotecario en cuestion es especialista, y que se halla destinado á la sección de literatura en la susodicha biblioteca.

Un hombre encorvado por los años y de apariencia rústica, entra en el salon, y dirigiéndose al empleado, le dice:

— ¿Quisiera leer una comedia.

El bibliotecario no se mueve, esperando noticias mas precisas; pero viendo que su hombre parece haberlo dicho todo, exclama con cierta ironía:

— ¿Quiere Vd. una comedia cualquiera, no es verdad?

Pregunta que, sea dicho entre paréntesis, se ve en la precisión de hacer bastante á menudo.

— ¡Oh! No, señor, nada de eso.

— Muy bien; entonces indique Vd. el título.

— ¡Diantre!... ¡El título!... es que no le recuerdo bien...

Espere Vd... no, no es eso...

— Dígame Vd. el nombre del autor, y podremos caer en la cuenta.

— ¡Diablo!... ¡El nombre del autor!... si lo supiera, qué gracia tendría... justamente en el nombre está mi apuro.

— No obstante, sin título y sin nombre de autor, ¿cómo quiere Vd. que?...

— ¡Ay! Es una comedia tan bonita, tan interesante...

— ¿Cuándo se ha representado esa comedia por última vez? pregunta el bibliotecario que comenzaba á perder la paciencia.

— Justo, justo, no lo podría decir... pero creo que hará sobre unos treinta y cinco años.

— ¡Treinta y cinco años! repite el empleado; la noticia es muy vaga... ¿y ha leído Vd. esa comedia?

— ¿Cómo no la he de haber leído? exclama el hombre con indignación... si no la hubiese leído no la pediría.

— Es verdad, replica el bibliotecario con la ironía de la desesperación... ¿de modo que no tiene Vd. mas luz que darme?

— ¡Oh! sí, puedo decirle á Vd. como principia.

— Veamos.

— Comienza así: «Antonio solo en la margen del agua.»

El bibliotecario se levanta con aire de triunfo, saca de un estante un volumen en octavo menor y le presenta al anciano, que se va á sentar diciendo entredientes:

— Ya sabia yo que debía encontrar aquí esta comedia.

Era el *Honrado criminal*, de Fenouillot de Falbaire, uno de los émulos de Diderot en el género patético, dice el periódico que ha dado á conocer esta curiosa anécdota.

Se ha dicho, y con fundamento, que los ladrones no temen mas que una cosa, y es la luz, razon por la cual la policía de Londres se esmera tanto en el alumbrado. Por consiguiente, el medio mas seguro de no ser robado es tener luz en casa toda la noche.

Y esta observación es de un inteligente en la materia, pues el ladrón se parece con efecto al mochuelo á quien hace daño la claridad: para ahuyentar al ladrón de nuestras calles, como al ave nocturna de su negra guarida, no hay mas que prodigar los faroles.

Hé aquí á propósito de este asunto una nueva invención en cuya virtud París estará tan claro, si no mas, de noche como de día.

Consiste en colocar á cada lado de un mechero de gas unos cristales estriados, y por medio de este aparato tan sencillo la luz se hace diez veces mas intensa, al paso que se proyecta á una gran distancia con una fuerza y un brillo verdaderamente extraordinarios.

Ya en varias calles de París el alumbrado ordinario de la villa ha recibido este nuevo aparato, que es á la verdad un hermoso y utilísimo invento.

MARIANO URRABIETA.

### El sol poniente.

Buscas ¡oh sol! las playas de Occidente  
Y á sepultarte vas entre las olas;  
Ya tus rayos en otro continente  
También alumbran tierras españolas.

Vida nos quitas para darla á ellas  
Con roja luz y espléndidos fulgores,  
Y sintiendo la lumbre que destellas,  
Abren su cáliz las pintadas flores.

Esbelta en los desiertos se levanta  
La palma, que á tus rayos se ilumina,

Y crece y crece mas sobre su planta  
Porque busca esa luz pura y divina.

Esas corrientes que con manso ruido  
Surcan el valle, animan la espesura;  
Ese mar que refleja enrojecido  
Los pliegues de tu régia vestidura;

La blanca nube que el espacio hiende  
Al blando soplo de la alegre brisa;  
Ese azul firmamento que se extiende  
Puro, como de virgen la sonrisa;

La nube, el mar, el trasparente cielo,  
Cuanto refleja tu mirada pura,  
Cúbrense ya de funerario velo,  
Pierde su claridad y su hermosura.

Puebla el ave con trinos de alegría  
Los vagos vientos, y su dicha canta,  
Y al extenderse la tiniebla fria,  
Ahógase su voz en su garganta.

Que al contemplarte huir ¡oh sol hermoso!  
De púrpura cubierto cual te miro,  
Todo en el mundo queda pesaroso,  
Y hasta la tierra misma da un suspiro.

Con perfumadas gotas se decora  
La flor, que alumbra rayo moribundo;  
Lágrimas son con que la tarde llora  
La ausencia de tu luz, vida del mundo.

¡Oh sol! desde la línea de Occidente,  
Que parece cortar tu faz de oro,  
Lanzas aun una mirada ardiente,  
Para que el mundo enjague el triste lloro.

Aun te contemplo en el ardiente trono,  
Al que sirven de alfombra olas de plata,  
Donde tu imagen, llena de abandono,  
Como en espejo el fuego se retrata.

Mas en breve de tí triste memoria  
Será en las nubes resplandor liviano;  
Tumba será de tu esplendor y gloria  
El azulado nácar de Oceano.

¿Qué importa, en tanto que de gracia llena,  
Lleve su carro por el éter vago  
La blanca luna, y de su luz serena  
Sienta la tierra el amoroso halago?

¿Ni esas estrellas tímidas y frias,  
Que parece agitar el leve viento,  
Y que roban la luz que ¡oh sol! lucias  
En ese azul y limpio firmamento?

Llenas de majestad y de hermosura  
Brillan la luna y la radiante estrella  
En noche dulce, misteriosa y pura;  
¡Pero tu luz, oh sol, aun es mas bella!

Mundo de fuego que á la voz creadora  
De un Dios omnipotente apareciste,  
Llama de vida, santa, abrasadora,  
Que esplendor y pureza de EL hubiste;

Luz á cuyo fulgor el firmamento,  
Vistiéndose de azul, brilló aquel día,  
Y que las aves, llenas de contento,  
Saludaron con trinos de alegría;

A cuyo rayo abrasador y ardiente  
Germinaron las flores en el suelo,  
Y en su trémulo espejo trasparente  
Reflejaron los mares tierra y cielo;

¡Quién pudiera seguir tus rojas huellas,  
Y como tú rodar en el espacio,  
Teniendo por corona las estrellas  
Y el mundo entero por real palacio!

¡Quién, como tú, la inmensidad pudiera  
Serenamente atravesar en solo un día,  
Ondas de luz dejando en su carrera,  
Siendo á los orbes vida y alegría!...

Por una vida superior suspiro;  
En pos el alma sin cesar se afana;  
Es poco el aire que en la tierra aspiro,  
Orbita estrecha la existencia humana.

Yo aquí busqué el placer y la ventura,  
Amor, con mi alma ardiente en armonía;  
Solo encontré sensualidad impura,  
Goces ligeros y ruin falsía.

Por eso, lejos del mezquino mundo,  
Quiero auras puras respirar ansioso,  
Y desprender mis piés del lodo inmundo,  
Para hallar la ventura y el reposo.

¡Ay! en tanto regiones mas serenas  
Cruzas, ¡oh sol! con perezoso giro,  
Yo sigo aquí arrastrando mis cadenas,  
Y con envidia y con pesar te miro.

¡Adios! ya de tu disco refulgente  
Solo queda en el cielo huella vana.  
¡Ah! si de nuevo alumbras el Oriente,  
¡Cuántos, ¡oh sol! no te verán mañana!

FRANCISCO DE P. REVUELTAS.

### Exposicion de Londres.

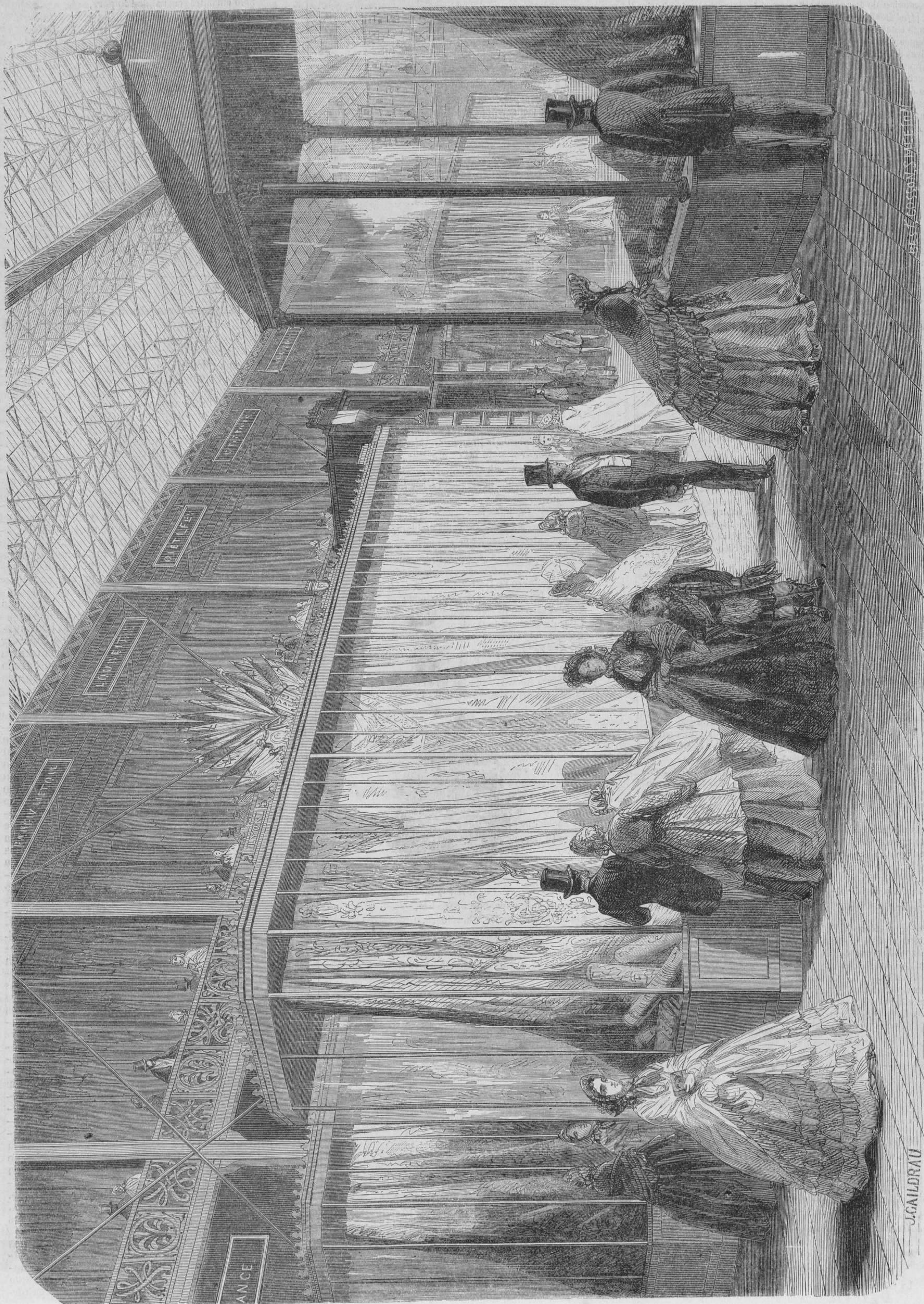
LAS SEDERIAS DE LYON.

Las antiguas cuentas que se hallan en los archivos y los poemas de caballería, nos prueban que las telas de seda, cuyo comercio y uso eran tan considerables en la edad media, se fabricaron con buen éxito en Francia, al mismo tiempo que llegaban de Oriente para ser vendidas en las grandes ferias cuya tradición va desapareciendo mas y mas cada día. Esas ferias eran, digámoslo así, las exposiciones universales de entonces, pues abundaban en ellas los productos y los traficantes del universo á la sazón conocido. Los que han estudiado estas materias no han podido menos de sorprenderse al ver con qué facilidad se establecían las relaciones lejanas en aquellas épocas de turbación y de guerra. Del Oriente la fabricación de las telas de seda había llegado á Italia, de donde pasó á Francia. Prescindiendo de las fábricas aisladas que pudieron instalarse, diremos que en 1466 Luis XI estableció en Lyon, y contra la voluntad de los lyoneses, varios telares para tejer y teñir los paños de seda, y esta medida se tomó á fin de impedir la entrada de las sederías extranjeras, para cuya compra salían anualmente del reino unos 500,000 escudos. Las materias primeras se sacaron de la Provenza. Seis años despues se estableció la fabrica de Tours, y hasta nuestro tiempo Lyon y Tours han sido los centros de la industria de las sederías, la primera consagrada especialmente á las sederías para vestidos, y la segunda á las sederías para colgaduras.

Estudiando el detalle de las sederías de la edad media, se encuentra desde luego una variedad de nombres igual á la que sirve hoy para distinguir esas telas; nombres variables y de puro capricho por lo regular, y que no dicen nada relativamente á la tela que designan. Sin embargo, estos nombres y los dibujos que á veces los acompañan dan una alta idea del lujo que desplegaban las clases opulentas en aquellos tiempos. Luego si de las descripciones se pasa al examen de los restos de aquellas antiguas sederías que han llegado hasta nosotros, gracias comunmente á la costumbre que se tenía de envolver en ellas las reliquias de los santos, se queda uno atónito al considerar los escasos progresos que ha hecho la industria durante los diez últimos siglos. Ha sucedido en esto lo mismo que en los tejidos de la India, que llaman cachemiras: los obreros orientales ó europeos de la edad media eran tan diestros, si no mas, con sus imperfectos telares, como los obreros modernos con sus máquinas perfeccionadas. El único progreso es que se trabaja mas de prisa y mas barato. Quizá este juicio podrá parecer una extraña paradoja; pero hé aquí un hecho irrecusable. En la sacristía de la catedral de Puy hemos hojeado un manuscrito de Teodulfo, del siglo IX, que contiene en sus páginas unas cincuenta muestras distintas de sederías ligeras. Ahora bien, en el siglo actual ha habido fabricantes lyoneses que han sacado privilegios de invención por haber imaginado telas que se dieron á luz hace mil años.

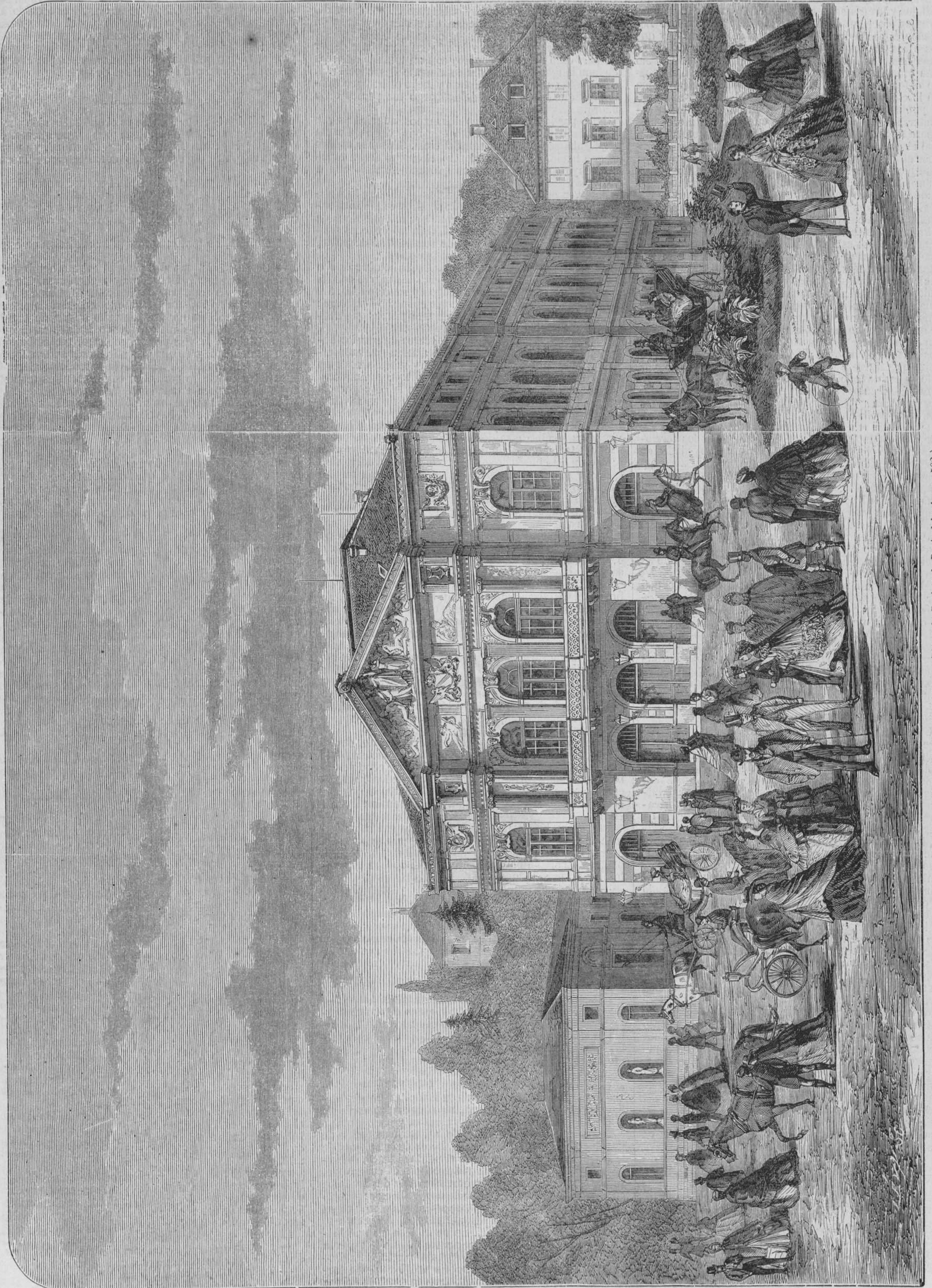
Hechas estas reservas en favor de las antiguas generaciones, no nos cuesta trabajo reconocer la magnificencia de los productos de Lyon, así como también elogiamos al tribunal de comercio de esta ciudad, porque ha querido tomar á su cargo la exposición de las sederías destinadas á figurar en el gran concurso de Londres. De este modo Lyon se presenta allí con una imponente unidad, con una fuerza y una grandeza necesarias para dar una justa idea de la importancia de la industria lyonesa. Efectivamente, todos los productos de esa gran fabricación que disfruta de merecida fama en todo el universo, se encuentran reunidos en esos escaparates que se ven representados en nuestro dibujo, desde los mas sencillos como los fulares y los tafetanes, hasta los mas complicados como las brocatelas y los cachemires.

Despues de haber admirado esta exposición, hemos querido ver lo que hacen los demás pueblos, y naturalmente nos hemos encaminado en primer lugar al departamento que ocupa la Inglaterra. No hay duda que se han expuesto aquí telas magnificas; quizás haya me-



EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES. — Vista de los cuatro grandes escaparatos de los fabricantes de sederías de Lyon.





Vista del nuevo teatro de Baden. — (Véase la Revista de Paris del número 502.)

nos obras maestras de fabricacion que en los escapara-tes lyoneses, pero en cambio hay productos de mucho gusto y de una fabricacion perfecta. En cuanto a los dibujos y los géneros, son siempre los mismos, que los dibujos procedan de la Francia ó de la Inglaterra. Los franceses pretenden que en su país se crea todo, y que los otros pueblos no hacen mas que imitarlos; ignoramos hasta qué punto pueden tener razon, pero como una muestra de un producto nuevo creado en Lyon puede obtenerse en Manchester casi al mismo tiempo que en la ciudad donde se ha inventado, lo importante, bajo el punto de vista industrial, es fabricar tan bien en Inglaterra como en Francia. En cuanto a la moralidad, ¿para qué ocuparse de ella? Hace acto de competencia leal el que se contenta con imitar el género, manteniéndose en el sistema general que le constituye, pues lo que está permitido entre competidores franceses, no podría estar prohibido de extranjero a francés. En suma, solo queda en juego una cuestion de primacia, que se resuelve casi siempre por mayores beneficios. En nuestra humilde opinion, si la lucha no pudo existir entre los fabricantes de sederias de Manchester y los creadores de géneros nuevos establecidos en Lyon, en cambio puede tener efecto entre ellos y los fabricantes franceses que siguen sus huellas, con tal de que la habilidad de fabricacion sea igual por ambas partes. Ahora bien, los jurados de 1855 hicieron constar los inmensos progresos cumplidos por los ingleses en el intervalo de cuatro años, y nosotros creemos que los de hoy tendran que señalar progresos mucho mas considerables todavia. Debe decirse y repetirse en alta voz: entre las sederias de los dos países no hay gran diferencia; las francesas tienen quizá mas ligereza en los dibujos y en el tono del colorido, y eso es todo.

Los fabricantes lyoneses que se consagran a los géneros lisos tienen que luchar contra los prusianos, que han establecido en Crefeld el centro de su temible competencia. Sin embargo, los prusianos no solo fabrican el fular, sino tambien los rasos, los tafetanes y los terciopelos negros lisos; por último, las altas novedades de telas estampadas, bordadas y moarés, se muestran allí con un concurso de fuerza y de inteligencia que no permanecen inactivas, y que se acercan incesantemente a la fabricacion lyonesa. De allí vienen los hermosos terciopelos cortados para muebles que llaman género de Venecia. Otro centro industrial existe en Bielfeld, donde se fabrican exclusivamente terciopelos y tafetanes negros de un reflejo gris oscuro, telas consagradas sin duda a un consumo particular, y cuyos analogos no se ven en Francia.

Al perder la Lombardia, el Austria ha perdido la mayor parte de sus fabricantes de sederias que hoy figuran entre los productores italianos. No obstante, Viena es todavia un centro de mucha importancia.

La España como la Italia produce sederias que pertenecen a los géneros intermedios, y no son mejores ni peores que las que se hacen en otros países. Por último, hasta la Turquía abandona sus antiguas sederias de rayas, tonos neutros y dibujos menudos, para imitar los géneros secundarios de Lyon, de grandes dibujos bordados de oro y sin estilo: la uniformidad extiende su nivel por todas partes.

Un comercio extraño, el comercio de muestras, favorece este movimiento de igualdad que aceleran los viajes mas frecuentes y los medios de comunicacion mas rapidos que hay en el día. Hé aquí como se ha propagado este movimiento. Lyon crea los géneros que Saint-Etienne adopta necesariamente para sus cintas, modificándolos segun la conveniencia especial de su fabricacion. Manchester y Coventry en Inglaterra, Crefeld en Prusia, Viena en Austria, el canton de San Galo en Suiza, Barcelona en España y Milan en Italia, imitan mas ó menos pronto. Aquí estamos todavia en las sederias, pero llegan las lanas: Tourecoing, Roubaix, Reims, Amiens y Ruan en Francia, Manchester en Inglaterra se apresuran a imitar los géneros de Lyon, empleando en diferentes proporciones la seda, la lana y el algodón. Se encuentra aquí una escala descendente de productos curiosa de estudiar, donde los menos astutos no son los que se dedican a los productos mas comunes. Los fabricantes de paños sacan tambien partido de estas muestras, aunque muy alteradas, para crear sus novedades; y sin embargo, las emplean menos que los estampadores sobre muselina de lana de Puteaux, y los estampadores sobre muselina de algodón de Mulhouse y de Glasgow, que dirigiendo su fabricacion al mundo elegante, tratan de copiar las altas novedades de Lyon, en tanto que se lo permiten la naturaleza de la tela y los procedimientos de la estampacion. Por último, Ruan y Manchester vuelven a tomar las muestras de Paris, de Glasgow y de Mulhouse, y las modifican a su vez bajo el punto de vista de su fabricacion económica. Nos ha parecido curioso de señalar esta série de transformaciones y alteraciones sucesivas, como una cascada cuya fuente seria Lyon, fuente tanto mas fecunda cuanto que es natural, y que el régimen de la libertad comercial la es altamente favorable.

A. D.

### Cuentos de Carlos Dickens.

EL SECRETO DEL AHORCADO.

(Continuacion.)

Tomé pues la resolucion de morir, y bajo este concepto gasté lo último que me quedaba en comprar lau-

dano en diferentes boticas, pidiendo en cada una por un penique, bajo pretexto de calmar un dolor de muelas. Cuando hube reunido todas las gotas en una botellita, cerré mi puerta, me senté y quise rezar... pero no pude.

Serian las nueve de la noche, en el mes de julio, y mi aposento estaba medio sumergido en las tinieblas.

De repente, y por el lado de mi ventana abierta de par en par, oigo un ruido confuso con un tumulto de voces en una lengua que me era totalmente desconocida. A este ruido sucede un pistoletazo y luego otro; hace veinte años que esto pasó, y sin embargo me parece oirlo ahora.

Miro por la ventana y veo dos manos sangrientas que se agarran al borde, en tanto que una voz suplicante imploraba socorro por amor del cielo. Sin saber apenas lo que hacia, tiro hacia adentro el cuerpo de un hombre, cuyo rostro no era mas que una horrible careta roja.

Una vez que le ayudé a entrar, se quedó de pié y clavó en mi una mirada de fuego; despues comenzó a vacilar y rodó por el cuarto agarrándose a las cortinas de la ventana, a la mesa, a la pared, dejando en todas partes señales sangrientas, y yo le seguia con angustia, hasta que cayó boca abajo sobre la cama.

Encendí una vela como pude. Aquel hombre estaba muerto, y tenia el rostro tan cubierto de sangre, que no era posible distinguir un solo rasgo de su fisonomia. Sin duda le habian tirado el pistoletazo en medio de la cara; y él llevaba en la mano izquierda una pistola que acababa de ser descargada.

Unos veinte minutos permanecí cerca de aquel cadáver, esperando los resultados de la alarma que naturalmente debía provocar aquel suceso, y reflexionando en el partido que yo debía tomar; pero todo permaneció silencioso como el sepulcro. Nadie en la casa parecia haber oido los pistoletazos, y en la calle no se advertia ningun movimiento extraordinario.

Miré por la ventana y nada descubrí; la noche envolvía en su sombra mas densa la masa de las chimeneas y de las techumbres; únicamente la luz de mi vela se reflejó en un charco de sangre en los plomos del tejado.

Principié a pensar que podrian acusarme a mi del asesinato de aquel desconocido; y yo que hacia un instante me preparaba a una muerte violenta, yo que queria darme a mi mismo, me puse a temblar a la idea de la horeca.

Despues traté de persuadirme de que todo aquello no era mas que un sueño... pero no; allí, sobre mi cama estaba el hombre asesinado, y en derredor de mi aposento las huellas de sus manos ensangrentadas.

Examiné el cuerpo con mas atencion, y vi que el difunto era casi exactamente de mi estatura y fuerza. No podia calcular su edad, pero tenia el cabello largo y negro como el mio. En uno de sus bolsillos hallé una cartera que contenia algunos papeles escritos a mi entender, con caracteres de otro alfabeto que el nuestro, y además habia varios billetes del banco de Inglaterra. En el pantalon llevaba un reloj de oro, y en un cinto de seda 200 soberanos de oro y algunos lises de Francia.

Ignoro qué demonio tenia a mi lado cuando hacia yo esta inspeccion; pero lo cierto es que muy luego formé un plan que me sedujo. Resolví reemplazar al muerto por el vivo y al vivo por el muerto.

En menos tiempo del que tardo en contároslo, despojé al cadáver de su cartera, de su oro y de su reloj; le tomé tambien su frac, y poniendo mi vela encendida debajo de la cama, bajé rapidamente la escalera, sin encontrar a nadie en la puerta ni en el callejon, y pude llegar a la calle de Holborn, sin que fijasen la atencion en mí.

Despues de haber dado vueltas durante una hora, des hice mi camino anhelando saber lo que pasaba en el barrio, que se habia despertado a la voz de ¡fuego! Los bomberos corrian con su máquina que rodaba estrepitosamente por el empedrado.

— ¿Dónde es el incendio? pregunté yo con aire indiferente.

— En una casa del callejon de Grag's-Inn, me respondieron.

Me guardé muy bien al otro día de aparecer por las inmediaciones de Holborn; no hice mas que correr de una taberna a otra en el arrabal de Suey, y allí pude leer cuarenta y ocho horas despues del suceso este articulo de un periódico.

**HORRIBLE SUICIDIO E INCENDIO EN GRAG'S-INN-LANE.** — En la noche del miércoles los habitantes de Grag's-Inn-Lane se despertaron sobresaltados por los torbellinos del humo que se escapaban de las ventanas de la casa número 5, Hustle-street, que es casa de hospedaje. El dueño del establecimiento, M. Plose, descerrajó la puerta de una guardilla del tercer piso, y vió que el inquilino M... se habia suicidado con una pistola. El infeliz estrechaba todavia el arma fatal en su mano. El taca encendido, u otra causa cualquiera, hizo que se pegara fuego a las sábanas de la cama, a las mantas, y por fin al colchon, que todo quedó consumido, asi como una parte de los muebles del cuarto. Los bomberos de la brigada de la compañía del Sur acudieron al punto al teatro del incendio y lograron limitar sus destrozos. El cuerpo y el rostro de la victima estaban horriblemente desfigurados en parte por el balazo y en parte por las llamas; pero lo que ha quedado intacto de sus papeles y de sus ropas ha bastado para establecer su identidad. Se ignora la causa de este suicidio. M... no se hallaba en una brillante posicion; pero tenia parientes que no le habrian dejado en la miseria, y si su existencia se hubiera prolongado algunas horas mas, habria sabido al despertarse al otro día, que heredaba una fortuna de 30,000 libras

que le habia legado su tío Gripple Collerer, esquire, de Raglan street, que habia fallecido cuarenta y ocho horas antes. El vigilante de la parroquia, M. Pybus, con su inteligencia y actividad ordinarias, ha recogido inmediatamente estas diversas noticias, y el coroner hizo constar la defuncion sobre los mismos lugares.

Yo lo habia perdido todo, mi nombre, mi existencia propia, treinta mil libras esterlinas, y eso por cuatrocientas libras en oro ó en billetes de banco.

— Adivino lo restante, dije yo al que habia sido ahorcado, mientras él se interrumpia para tomar aliento. Os entregasteis para recuperar vuestra identidad, y en vez de lograrla, fuisteis condenado como asesino é incendiario.

Esperé su respuesta, mientras él encendia otro cigarro y fumaba.

Al verle tan sereno juzgué prudente no excitarle con nuevas preguntas, y aguardé con paciencia a que continuara.

Con efecto, no tardó en proseguir su relacion en estos términos:

— Os engañais, me dijo; soy el mismo hombre de aquella noche fatal, si es que soy alguna cosa. Me resigné temiendo empeorar de situacion. El mismo día en que el periódico me anunciaba que mi suicidio estaba consumado, sali de Londres resuelto a huir de Inglaterra. Pasé a Hull, donde habiendo hallado un buque que se daba a la vela para Hamburgo, me embarqué para esta ciudad, y en ella viví seis meses en una fonda frugal y solitariamente, tratando de aprender el alemán, pues habia concluido por saber que los papeles manuscritos de la cartera estaban en esta lengua.

Mis progresos no fueron rapidos, pero por fin al cabo de seis meses aprendí lo suficiente para descubrir que el difunto a quien me habia sustituido se llamaba Muller, y que habia viajado por Rusia, Francia y América.

Principié por tratar de traducir los fragmentos de un diario que habia redactado en este último país; pero apenas contenia otra cosa que las impresiones de viaje. Aquí y acullá se encontraban algunas alusiones a su secreto, a la mision de que estaba encargado; pero el secreto y la mision eran para mí un misterio impenetrable.

Además se hacia mención de una pastora, un antílope y un tigre azul, designaciones probablemente de ciertas personas con quienes estaba en relacion. La masa principal de los documentos estaba en cifras cuya clave me faltaba.

Tomé el nombre de Muller, puesto que era el del hombre a quien representaba yo en el mundo de los vivos; mas habiendo centenares de Muller en Hamburgo, ¿quién podia fijar su atencion en mí?

Yo iba todas las noches a fumar la pipa a una cerveceria situada fuera de la ciudad, y a mi mesa solia sentarse un hombre rechoncho con levita gris que fumaba y bebia continuamente. Yo miraba a todo el mundo con una desconfianza recelosa; sin embargo, es imposible verse a menudo durante quince días sin hablarse, de modo que entre el hombre rechoncho y yo se formó muy luego una amistad de taberna.

Un día, despues de algunas libaciones un tanto copiosas, me preguntó si habia probado la famosa cerveza bavara ó baerische, añadiendo que era muy superior a todas las cervezas alemanas.

Al fin acabó por brindarme a tomar una botella. Estaba yo aquella vez de buen humor y consentí gustoso.

Nos sacaron pues una botella de cerveza bávara; luego otra y luego otra, hasta que a fuerza de despachar vasos y fumar pipas, sentí una especie de desvanecimiento.

— La cabeza se trastorna, me dijo mi compañero, sé lo que es. Despues de la cerveza baerische, yo tomo siempre medio cuartillo de aguardiente. Vamos a beberle a la Grune Gans, que esta cerca; es una buena casa que dirige Max Rombach, hijo de una viuda.

Yo me encontraba en ese estado en que el hombre que ha bebido mucho cree sentir la necesidad de beber mas, y seguí a mi amigo de la levita gris. No sé cuántas copas de aguardiente me encajé en el cuerpo en la Grune Gans, pero lo cierto es, que al otro día me desperté en mi cama con un fuertísimo dolor de cabeza. Lo primero que hice fué saltar al suelo para ver si mi cartera estaba en el bolsillo de mi levita... ¡Ya no estaba!

Mandé subir al posadero y a sus mozos, y ninguno de ellos me pudo dar el menor indicio. Parece ser que habia llegado en coche a mi habitacion acompañado del hombre rechoncho que se habia llamado amigo mio, me habia ayudado a desnudarme, y se habia eclipsado despues de haberme metido en la cama.

Mis investigaciones me confirmaron en la idea de que el ladrón era mi supuesto amigo. Evidentemente no le habia guiado la avaricia, pues hallé los billetes de banco que me quedaban en el bolsillo de mi chaleco con el reloj.

Por la noche me fui al establecimiento donde encontraba por lo comun a mi amigo, sin la menor esperanza de encontrarlo, y únicamente para obtener algunas noticias sobre su persona; pero con gran sorpresa, le vi sentado fumando y bebiendo como la vispera.

El saludo que le dirigí fué bastante seco.

— ¿Supongo, me dijo con una sonrisa, que el aguardiente de ayer no os tiene aun con la cabeza pesada?

— Tengo que hablaros, salgamos, le respondí.

— Con mucho gusto, repuso.

Y poniéndose su sombrero de alas anchas, me siguió al huerto que estaba detrás de la casa.

— Ayer noche yo estaba borracho, le dije para entrar en conversacion.

— Veinte, me respondió con una calma imperturbable.

— Y durante mi embriaguez me robaron la cartera.

— Veinte, me repitió sin alterarse en lo mas minimo.

— Y añado que sois vos el ladron.

— Veinte; teneis razon, hijo mio, dijo sin cortarse; yo soy quien ha robado vuestra cartera, y aqui la tengo.

Y al decir esto se pegó en el pecho sobre el sitio donde el bolsillo de su levita anunciaba por medio de un bulto muy visible, que en efecto contenia el artículo reclamado.

Yo me lancé inmediatamente sobre él con la intencion de arrancársela; pero él dió dos pasos atrás con mucha presteza a pesar de su obesidad, evitó mi asalto, y aproximando un silbato a su boca le hizo exhalar un sonido agudo. Casi en el mismo instante sentí que me arrojaban una capa a la cabeza; me ataron las manos, y antes de que hubiese tenido tiempo de hacer un esfuerzo para defenderme, me agarraron y llevaron en medio de una oscuridad completa. A cien pasos mas lejos me sentaron en un banquillo, oí cerrar una portezuela, y un ruido de ruedas me convenció de que estaba en un carruaje.

La caminata pudo durar algunas horas. De tiempo en tiempo nos deteniamos, sin duda para cambiar de caballos. Al principio quise resistir haciendo esfuerzos convulsivos para pedir socorro; pero estaba tan bien atado, que hube de someterme a mi destino.

Por último, nos detuvimos de veras. Me hicieron salir del carruaje, y me trasportaron en brazos como unos diez minutos.

Por el cambio de aire creí notar que entrábamos en una casa, quizá en un pasaje subterráneo; luego subimos y bajamos escaleras, abrieron y cerraron puertas. Finalmente, me dejaron sobre mis pies, la mordaza cayó de mi boca, las esposas de mis muñecas y la venda de mis ojos; pero no veia nada, y la oscuridad que reinaba en torno mio me inspiró el temor de que me hubiesen privado de la vista por alguna maquinacion infernal.

Grande fué mi alegría al distinguir un rayo de luz que penetraba por un orificio colocado encima de mi cabeza. No estaba ciego, estaba en un lugar sombrío cuyos límites traté de reconocer a tientas.

Mis manos no encontraron mas que las frias paredes de una cárcel, cuya puerta habria deseado hallar; pero inútil fué buscarla. Me puse a dar gritos, a los cuales solo me respondió el eco, sin que nadie apareciera a mi presencia.

Dos dias y dos noches se pasaron así... al menos así se me figuró, cuando las angustias del hambre y de la sed me hicieron suponer que habian resuelto dejarme morir entre cuatro paredes.

Por fortuna el tercer dia, segun mi cálculo, un ruido de llaves, candados y cerraduras resonó agradablemente a mis oídos.

La invisible puerta se abrió, la luz llegó hasta mí con bastante abundancia para deslumbrarme, y una voz conocida me dijo: « Venid aqui, » como se habria dicho a un animal enjaulado.

Me arrastré hacia la puerta, y atravesando el umbral, me encontré en un patio con mi amigo delante de mí; el hombre de la levita gris.

Es decir, la levita gris habia desaparecido, y mi hombre se presentaba con otra vestidura, una casaquilla encarnada ricamente bordada de oro tan ajustada al talle, que en otra circunstancia me habria yo reido de aquel hombrecillo abultado vestido con el uniforme de husar ó de jockey.

Aparentó que no me habia visto en su vida, y se contentó con hacer un ademán a dos lacayos con librea encarnada igualmente, los cuales me cogieron por debajo de los brazos y me llevaron como tres dias antes.

Atravesé de ese modo muchos patios pequeños y muchas puertas, y segun la arquitectura de las construcciones, me pareció que me hallaba en un castillo gótico.

Detrás de una ventana enrejada creí ver unos hombres con chaquetas y gorros blancos. Un ruido de sartenes y un olor delicioso me hicieron conjeturar que estábamos cerca de la cocina.

Nos paramos aquí un instante a consecuencia de algun cálculo malicioso; pues mi amigo miró por encima de su hombro con una expresion sardónica cuando me vió, excitado por el hambre, que trataba en vano de soltarme de los que me llevaban.

Por fin subimos a una escalerilla que nos condujo a una larga y espléndida galeria de cuadros que desembocaba en un aposento amueblado con lujo y que parecia salon y biblioteca.

Una alegre lumbré chispeaba en la chimenea, junto a la cual estaba de pié un anciano de estatura elevada, y cuya escasa cabellera se hallaba cuidadosamente peinada hacia la frente.

Vestia de negro con corbata blanca y una cinta multicolor en el ojal. A pocos pasos de él vi una mesa cubierta de papeles, y delante de ella sentado en una butaca otro anciano de una corpulencia enorme, envuelto en una bata ricamente forrada de pieles y que llevaba en la cabeza un gorrito de terciopelo con visera de seda verde.

Los dos lacayos me dejaron junto a la mesa sin soltarme de los brazos.

— Señor Muller, me dijo cortésmente el hombre negro y hablando en buen inglés, ¿ cómo estais de salud? Yo respondí con indignacion:

— No se trata de mi salud; yo soy quien os pregunta porqué he sido preso, robado, encarcelado y condenado al suplicio del hambre.

— Señor Muller, repuso el hombre negro con una imperturbable afabilidad, debeis dispensar el modo en apariencia poco cortés con que habeis sido tratado. Lo cierto es que nuestra casa no ha sido edificada para cárcel, sino para palacio, y a falta de un lugar de reclusion conveniente, nos hemos visto en la precision de utilizar por el pronto una pieza baja, que segun creo ha servido de bodega. Supongo que no la habeis hallado demasiado húmeda.

El hombre de la visera verde se encogió de hombros como si estuviera riéndose en silencio.

— Primeramente, prosiguió el otro haciéndome señal de que le dejara hablar, pues yo iba a tomar la palabra, habiamos pensado que para alcanzar nuestros fines nos bastaba poseer los papeles de vuestra cartera (y tocó con el dedo la maldita cartera); pero una parte de la correspondencia está en cifra, y solo vos la entendeis, de modo que ha sido indispensable interrogaros.

— Yo no conozco semejante escritura, exclamé, y juro ante Dios que nos oye, que no poseo ningun secreto que os sea conveniente.

— Debeis tener apetito, señor Muller, respondió el hombre negro, sin hacer caso de lo que yo habia dicho; Carol, el almuerzo.

El hombre de la antigua levita gris respondió al nombre de Carol con un saludo respetuoso, salió, y volvió a entrar con una bandeja, en la que habia diversos manjares sabrosos y dos frascos de vino.

Los lacayos medio me soltaron los brazos, y ya iba a precipitarme sobre la bandeja cuya vista hacia palpar mi corazón, cuando el hombre negro alzó la mano exclamando:

— Antes de probar un solo bocado, señor Muller, respondedme a una sola pregunta: ¿ Dónde está el niño? — Sí, ¿ dónde está el niño? repitió el hombre de la visera verde.

— No lo sé, respondí con animacion, os juro por mi alma que lo ignoro. Aun cuando me lo preguntarais durante cien años no podria deciroslo.

— Carol, repuso el hombre negro con su implacable serenidad, llevaos la bandeja; el señor Muller no tiene apetito... a menos, añadió volviéndose hacia mí, que no querais responder a mi pregunta.

— No puedo, porque no sé nada, ni nunca lo he sabido, le respondí.

— Carol, llevaos la bandeja, repitió el hombre negro tomando un periódico y volviéndome la espalda. Buenos dias, señor Muller.

A despecho de mis gritos y esfuerzos, me sacaron de allí los dos lacayos.

Atravesamos la galeria de cuadros, pero en vez de bajar la escalera, entramos en otra serie de aposentos.

Pasábamos por un largo vestibulo alumbrado con arañas, y mis celadores me habian soltado un momento (uno de ellos trataba de abrir una puerta en tanto que el otro buscaba la llave en su bolsillo), cuando vi un cuadro de la pared que se escondia, y por la abertura se presentaba una señora vestida de negro, hermosa, y que podria tener unos treinta años, la que me dijo con rapidez y a media voz:

— Habeis obrado noblemente; continuad así, y Dios os dará la recompensa.

No habria tenido tiempo para responder si la sorpresa me lo hubiera permitido, pues el cuadro se volvió a colocar al punto en su lugar, y a mi me cogieron de nuevo los dos lacayos, quienes me llevaron con precipitacion a un cuartito pequeño y aseado, donde me dejaron con la puerta cerrada.

Allí encontré un panecillo negro y un jarro de agua, y satisface ávidamente mi hambre y mi sed sin que quedara ni una miga de pan ni una gota de agua.

Aquella fué mi única comida durante veinte y cuatro horas.

Desde mi ventana, que tenia una reja, pude reconocer el patio de la cocina: la vista de los cocineros y el olor de los asados me trastornaban el juicio.

El segundo dia me volvieron a llevar a presencia de los dos ancianos, y se repitió la infernal escena: la tentacion de la bandeja irritó de nuevo mi hambre, y como yo me negara a responder a la pregunta de dónde estaba el niño, el hombre negro dijo a Carol:

— Llevaos la bandeja, el señor Muller no tiene apetito.

— Deteneos, exclamé yo en un acceso de desesperacion, y pensando que podria contentar a mis verdugos con una mentira, voy a confesarlo todo.

— Hablad pues, dijo el hombre negro; ¿ dónde está el niño?

— En Amsterdam, repondí yo al acaso.

— ¡ En Amsterdam! ¡ qué tontería! replicó con impaciencia el hombre de la visera verde. ¿ Qué hay de comun entre Amsterdam y el tigre azul?

— ¿ Necesito recordaros, repuso con ironía el hombre negro, que no es responder a la pregunta el nombrar un país ó una ciudad? Sabeis tan bien como yo que la llave del sitio donde está el niño se encuentra ahí... Y me mostró con el dedo la cartera.

— Si, ahí, repitió el hombre de la visera verde haciendo igual ademán.

— Pero, señores... exclamé yo con voz suplicante.

— Buenos dias, señor Muller.

Interrumpido con esta simple réplica, fui llevado de nuevo a mi cárcel, y otra vez encontré a la señora vestida de negro, quien me repitió que Dios me recompensaría; tambien hallé el pan negro y el jarro de agua, y

luego, al cabo de otras veinte y cuatro horas, se repitió punto por punto lo que ya he contado.

En la quinta de estas entrevistas, dijo el hombre negro:

— Quizá el señor Muller desea algo mas sustancioso; mirad pues.

Y al decir esto abrió un armario guarnecido de talegas, invitandome a que tomara todo el dinero que tuviera por conveniente.

En vano protesté que todo el oro del mundo no me arrancaria un secreto que no poseia; en vano declaré que no me llamaba Muller; en vano descubrí la astucia fatal que me habia hecho renunciar a mi nombre, pues el hombre negro no hizo mas que menear la cabeza con una sonrisa de incredulidad; y luego, felicitándome por mi ingenio para inventar fabulas, añadió que justamente aquellas mentiras le afirmaban en la persuasion de que yo sabia en dónde estaba el niño.

Después de la sexta entrevista, la señora vestida de negro, que evidentemente tenia por cómplices a los dos lacayos, me detuvo al paso y me dijo:

— Valor, se acerca la hora de vuestra libertad; esta noche sereis trasladado a una casa de locos.

Preguntábame yo como alcanzaria mi libertad trocando mi cuarto de preso hambriento por una celdilla de loco, cuando dos mocetones me plantaron una camisola de fuerza y me llevaron a un coche que al punto salió con rapidez. Toda la noche estuvimos viajando, y a la otra mañana llegamos a un vasto edificio, donde me despojaron de mis vestidos, me examinaron de piés a cabeza, me metieron en un baño, y luego me pusieron una casaca de lienzo gris.

— ¿ Dónde estoy? pregunté.

— En la casa de locos del gran ducado de Saehs-Pfeigiger, me respondieron.

— ¿ Puedo ver al director del establecimiento? añadí conteniendo mi desesperacion.

— Os van a llevar a su gabinete.

El director era un hombrecillo calvo que enseñaba al hablar una hermosa dentadura.

Me recibió muy afable y me preguntó qué es lo que podia hacer para servirme.

Yo le declaré mi verdadero nombre, y le conté mi historia y mi persecucion; le dije que era inglés y que reclamaba mi libertad.

El director se sonrió, exclamando:

— ¿ Dónde está Kraus?

— Aquí, respondió el guardian.

(Se continuará.)

## Canalizacion subterránea del canal San Martin.

BOULEVARD DE LA REINA HORTENSIA.

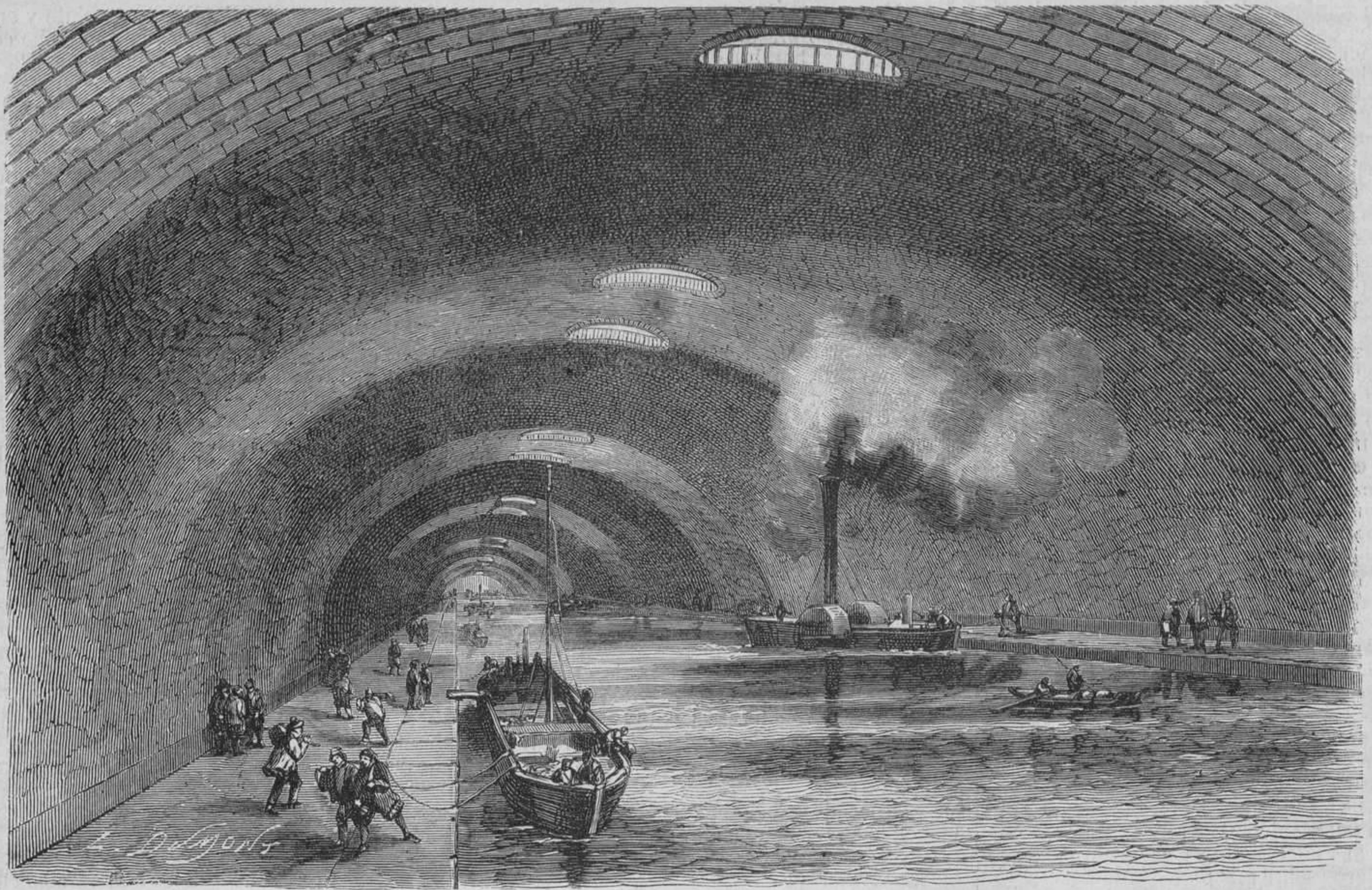
La canalizacion subterránea del canal San Martin en Paris, es una de las empresas que demostrarán irrecusablemente la actividad de nuestro tiempo y el poderío de la industria moderna. Sin duda alguna debe contarse entre las obras de utilidad pública que pregonan mas alto el celo y la solicitud de la administracion municipal. Accesoriamente embellece unos barrios desprovistos hasta hoy de todo lujo.

El canal San Martin es una de las vias mas activas del comercio parisiense, y forma con el de San Dionisio, al que se une por el estanque de la Villette, una comunicacion abreviada del Sena al Sena, evitando así a los barcos de comercio el inmenso circuito que se debe a las sinuosidades del rio. Le alimentan las aguas del rio del Oureq, llevadas por desvio al estanque de la Villette. Su largo total desde este último punto hasta su reunion con el Sena es de 3,200 metros, y su declive absoluto de 25 metros.

Esta diferencia de nivel se remediaba con diez esclusas, sin contar la del Arsenal, por donde pasan las aguas del canal al Sena. Varios puentes levadizos establecian una comunicacion entre las dos orillas, aumentando así la dificultad de la navegacion que tenia que superar muchos obstáculos en un trayecto muy reducido. Estos pasos interrumpidos a menudo, eran además una incomodidad muy grande para la circulacion pública.

La canalizacion subterránea suprime la mayor parte de ellos, y hace desaparecer los inconvenientes de tales interrupciones. Del Arsenal hasta la aduana el canal no ofrece mas que una superficie, y para obtener este nivel ha habido que rebajar el cauce, al mismo tiempo que se le dió mayor anchura. Toda esa parte nivelada se halla cubierta con una bóveda de fabrica, de mucha solidez, salvo un claro que se ha dejado al aire libre entre la calle de la Tour y el faubourg del Temple. Este punto que sirve de abrigo a los buques tiene una rampa a cada lado, y se halla rodeado sobre los muelles de una verja de hierro.

La bóveda es una obra muy notable en cuanto a su ejecucion, que pudo hacerse con rapidez gracias a un aparato tan ingenioso como sencillo y económico, relativamente al sistema ordinario. Esta máquina consiste en un esqueleto de hierro de cincuenta metros de largo. Cada nervadura se halla dividida en dos, y la una se introduce en la otra a fin de aumentar ó disminuir el radio a voluntad, deteniéndose con tornillos en el punto



El canal San Martín. — Vista de la bóveda subterránea.

en que se quiere. Estas nervaduras se hallan plantadas en su base sobre vigas que descansan en calas. Cuando se han terminado los cincuenta metros de bóveda, se decala el aparato, se deslizan piedras en lugar de las calas y se lleva la máquina mas lejos. Este procedimiento veloz y muy preciso contribuyó á que se acelerasen las obras, y además dió por resultado una regularidad perfecta.

Simultáneamente se ahondaba el cauce con una máquina, y el concurso de esta operacion acababa de cubrir la bóveda. Se procedia del modo siguiente: una escarbadora movible, movida por el vapor y colocada sobre la bóveda, arranca las tierras que van siendo re-

cibidas conforme salen en un aparato dependiente del sistema. Estas tierras se elevan por un mecanismo y se derraman por un orificio superior. A medida que se acumulan pasan á otra máquina que por un conducto las lleva hasta el punto de la bóveda que se trata de rellenar.

La bóveda subterránea tiene unos 1,800 metros de largo. Diez y ocho orificios practicados en su cielo introducen el aire y la luz. A cada lado del canal hay un banco dispuesto para el servicio de la navegacion y de la vigilancia. Las embarcaciones son remolcadas por un vaporcillo, y de este modo la navegacion se ejecuta sin ruido, sin obstáculos, y lo que no es menos precioso

para los marineros, fuera de la presencia de los habitantes menudos del barrio que se divertian á veces en arrojarles proyectiles sucios para complemento de sus burlas.

El terreno conquistado por la operacion de canalizacion subterránea y ensanchado con el espacio de los dos antiguos muelles de Jemmapes y de Valmy, presenta hoy un hermoso paseo que lleva el nombre de boulevard de la Reina Hortensia, hasta la calle de la Tour, donde continúan los dos muelles con su denominacion primitiva. Diez y ocho jardincillos de un dibujo uniforme y rodeados de una verja dan un aspecto risueño á ese barrio tan sombrío en otro tiempo.



El canal San Martín. — Vista exterior. — Boulevard de la Reina Hortensia.

En el centro de estos jardines hay una bonita fuente, y unos cuadros de flores de tallo alto ocultan á los dos extremos del jardín las aberturas del pozo de ventilación. Una avenida de árboles recién plantados y una hilera de elegantes candelabros reinan á cada lado del paseo. Hermosas casas modernas comienzan á reemplazar las habitaciones negras y de triste aspecto que antes se extendían á las orillas del canal. Varias fabricas que trabajaban con el agua del canal se han cerrado, y los corrales ya inútiles se han quedado de terrenos incultos, pero el impulso está dado, y en poco tiempo esos barrios tan abandonados hasta hoy se convertirán en foco de un gran movimiento y vendrán á ser uno de los centros de habitación mas agradables de Paris.

P. G.

**Fragmentos de un viaje**

DE M. WEINSCHENK

AL JAPON, AL AMOR Y AL KAMTSCHATKA.

Hakodade, setiembre de 1860.

... Yo ignoraba aun lo que era un misionero católico antes de haber conocido á M. Mermet de Cachon, y encontré en él un hombre amable y afectuoso. ¡Cuántas horas agradables pasamos hablando de Europa, de Francia y de Paris! pues M. Mermet de Cachon no era solamente mi compatriota, sino que habia nacido en el mismo departa-



Vuelta de una excursion en la isla de Jeso.



Tipo de ainos.



Tipo de ainos (islas Kuriles).



El saludo.

sa durante algunos dias, por lo cual le soy deudor de una gratitud eterna.

M. Mermet de Cachon no fué el único europeo que conocí en Hakodade, y sería injusto por mi parte no mencionar á un joven metodista inglés, M. Wool. Es un joven delgado, rubio y tímido, con grandes ojos azules. No creo que el proselitismo fuese el fuerte de M. Wool, ni que tuviera las mayores propensiones para el martirio; no le queria ni le detestaba la poblacion, por medio de la cual atravesaba gravemente cada dia, vestido con su largo levitón anglicano y con su paraguas debajo del brazo.

M. Mermet de Cachon me hizo una proposicion que acepté gustoso: tratabase de una excursion por el interior de la isla, que yo no me habria atrevido á intentar solo.

M. de Cachon debía visitar á una familia de aldea-



Interior de una casa de ainos (islas Kuriles.)

mento que yo. Me contó brevemente su historia: enfermo hacia mas de seis años, nada habia podido desviarle de la tarea cristiana que se habia impuesto; seis años habia pasado en las islas Lieu-Kieu, y despues, asi que se abrieron los puertos del Japon, se fué á instalár en Hakodade. Su casa es lo mas lindo que se puede imaginar, y nunca habria podido yo comprender antes de haberlo visto, cómo un europeo á mas de mil leguas de la madre patria, puede procurarse casi todas las delicadezas y comodidades que podria tener en el seno de su familia.

En estos últimos tiempos M. de Cachon ha hecho muchos servicios tanto al consulado inglés y ruso como á sus compatriotas aislados, pues efectivamente, ocupa en Hakodade una posicion especial: habla el chino y el japonés como si hubiese nacido en el pais, y al paso que hace su propaganda religiosa, no se cansa de prodigar favores; se ha hecho médico del cuerpo como lo era ya del alma, por lo que disfruta de la estimacion y veneracion de las poblaciones, y él aprovecha la facilidad de movimiento que le da esta situacion particular para ordenar ciertos apuntes que á no dudarlo servirán para esclarecer hasta lo sumo la situacion y las costumbres japonesas; cuando mi salida daba la última mano á una gramática y un diccionario que á esta hora deben estar concluidos.

M. Mermet de Cachon vivia generalmente solo con un jovencillo chino llamado Tao-Lin, que le servia de criado y de niño de coro. Sin embargo, tuvo á bien quebrantar sus hábitos de soledad hospedándome en su ca-

nos que habia tomado bajo su proteccion, y el lugar que habitaba no se halla muy distante de soberbios volcanes, menos notables sin duda que el Fusi-hama, ese Vesubio de la isla de Nippon, pero interesantísimo bajo varios conceptos. Debian acompañarnos en esta excursion M. Wool y un tal Cava-Saku, ex-príncipe japonés de la provincia de Mitto, enviado en destierro á Hakodade por crimen de rebelion, y reducido al estado de mercader de bueyes; la casa quedó bajo la guarda del chino Tao-Lin, y partimos los cuatro á caballo al rayar la aurora. El modo que tenia M. Wool de mantenerse en equilibrio sobre su montura, me inspiró al instante muchos recelos sobre sus talentos en equitacion; M. Mermet marchaba á vanguardia, y yo le seguia á pocos pasos con Cava-Saku. En cuanto al ministro in-

glés, iba muy rezagado, aunque de tiempo en tiempo azuzaba á su caballo para acercarse á nosotros. Sin embargo, á medida que penetrábamos en el interior de las tierras, se resignaba á poner su montura al trote, y en esto reconocí yo la influencia de algunas relaciones alarmantes que nos hizo Cava-Saku antes de la marcha. Aludo á las proezas de los osos que no dejan de abundar en la comarca.

Era evidente para mí que M. Wool no se sometía á los sacudimientos del trote irregular de su caballo, sino por el temor de encontrarse de repente con alguno de esos incómodos naturales de la isla de Jeso. Mi príncipe japonés, que al principio hacia el valiente, principiaba también á dar señales de inquietud, y por último yo, que jamás he tenido muchas relaciones con las fieras, no dejaba de participar hasta cierto punto de los mismos temores.

La noche nos sorprendió á los dos tercios de nuestro viaje; pero por fortuna no estábamos muy lejos de una habitación abandonada, donde mal ó bien podíamos guarecernos.

Nos arreglamos como pudimos: Cava Saku y yo nos extendimos delante de la puerta, M. Mermet se puso á recitar su breviario en un rincón, y M. Wool se dedicó ardientemente á la tarea de su instalación nocturna. En resumen, el pobre misionero no estaba alegre, pues echaba muy de menos su cama. Después de dar muchas vueltas se durmió, y todos seguimos su ejemplo.

Antes de amanecer nos despertamos sobresaltados por los gritos inarticulados de M. Wool; corrimos á él y le hallamos con las manos crispadas, los ojos extraviados y murmurando con una voz apenas inteligible: « ¡Los osos! ¡Los osos! » Yo no sé quién estaba más pálido si Wool ó Cava-Saku; este sin embargo hizo de tripas corazón y sacó su sable; yo tomé mi escopeta y henos á todos en acecho. Al pronto no oímos nada, pero luego una serie de gruñidos feroces sucedió al silencio, acompañados de un movimiento desordenado entre las tablas donde se había guarecido M. Wool, que de repente dió un salto y se halló en medio de nosotros. La situación se hacía intolerable, y así fué que todos preferimos una certeza, aun cuando fuese mala, á tal ansiedad. Por esta razón, á despecho de las súplicas del inglés que se agarraba á nuestros vestidos, diciendo que no quería vernos devorados por las fieras, salimos con Cava Saku, decididos á dar vuelta á la choza para descubrir al enemigo que nos atacaba. Ignoro cual pudo ser la impresión del misionero inglés al oír al cabo de algunos instantes el ruido de mi escopeta acompañado de sendas carecadas. Cava-Saku acabó con la víctima de un sablazo, y muy luego volvimos á entrar triunfantes con un gorrinillo cerril que había sido la causa de aquel alboroto.

Amaneció en medio de las risas que había promovido aquella grotesca aventura, y con la luz del día apareció un indígena que nos traía el arroz para almorzar; algunas tajadas de nuestro enemigo hicieron más succulento el arroz, y como Cava-Saku era hombre de orden, colocó lo restante del animal debajo del arzon de la silla.

Dos horas después podíamos admirar el maravilloso espectáculo de las montañas volcánicas. La más alta lanzaba continuamente torrentes de azufre en fusión, y las otras despedían un humo blanquecino y sofocante.

A una legua de estos volcanes hay una mina de estaño por explotar, y que sin embargo me ha parecido muy abundante. A cada paso la caza huía ó volaba á los pies de nuestros caballos. Yo solo apuntaba á las liebres, á los patos silvestres, á las perdices, es decir, á los animales de fácil transporte; tiré más de sesenta escopetazos y maté unas diez piezas, de cuyo modo la segunda edición del gorrinillo cerril pudo ser acompañada de algunos platos que no eran de desdenar en medio de una alimentación compuesta únicamente de arroz.

No obstante, desde por la mañana M. Wool estaba ensimismado; el susto que había sufrido en la noche anterior le había removido demasiado para que pudiese recobrar su serenidad en veinte y cuatro horas. En vano, á fin de divertirle, le contamos con mil variantes á cual más grotescas la historia de nuestra aventura, pues apenas le pudimos arrancar una languida sonrisa. Además esas preocupaciones morales se agravaban en él con algunas preocupaciones materiales de ciertas partes de su individuo (ya he dicho que M. Wool no era un gran jinete); y así sucedió que para que pudiera hacer los cincuenta kilómetros que nos separaban de Hakodade, tuvimos que improvisarle una especie de arto-la con ramas de árboles y caminar al paso.

Un peligro más positivo esperaba á M. Mermet de Cachon al regreso de aquella expedición tragi-cómica. Tao-Lin, su joven criado chino, se había aprovechado de la ausencia para emborracharse abominablemente. Le encontramos como un tronco, y no salió de este estado sino para entrar en un acceso de rabia: los chinos cuanto más beben, más quieren beber. Tao-Lin, que no tenía nada de humano en aquel instante, reclamó á M. Mermet cierta suma de dinero que le fué negada. El chino, que sabía muy bien que todas las palabras de su amo eran formales, no insistió y se fué á la cama murmurando; por fortuna para el misionero francés, mi cuarto no estaba separado del suyo más que por un biombo (yo conocía bastante el carácter rencoroso de los chinos para no tener una confianza completa en la aparente sumisión de Tao-Lin), y cuando en medio de la noche me despertó el ruido de una lucha, me encontré inmediatamente al corriente de la situación. Llegué apenas vestido, con la pistola en la mano, y mi aparición fué oportuna; Tao-Lin no pensó en resistir á los

argumentos de mi revolver, y M. Mermet me dió el apretón de manos más cordial que he recibido en mi vida.

Sin embargo, mis intereses me obligaban á salir cuanto antes de Hakodade, proyecto en que me detenía una grave dificultad. Es muy raro que en esa época del año los buques hagan escala en la isla de Jeso; sin embargo, no había perdido completamente la esperanza, y todos los días al levantarme, lo primero que hacía era asomarme á la ventana para echar una ojeada al puerto. Con grande alegría descubrí por fin un schooner en miniatura, en el que ondeaba una gigantesca bandera americana, que estaba anclado en medio de las bareas japonesas: me informé, y supe que el capitán, á pesar de lo adelantado de la estación, quería ver si llegaba hasta las bahías rusas de las costas de la Mandchuria. Con júbilo aproveché esta ocasión de continuar mi viaje, pues me figuraba que desde la Mandchuria podría dirigirme á algún punto del interior, y dando las más cumplidas gracias á M. Mermet, me embarqué á bordo de la *Carolina-E.-Foote*, capitán Worth.

El mismo capitán me recibió, y la primera observación que le hice tendió á demostrarle que sería de desear que su buque fuese mayor y su bandera más pequeña. El capitán me respondió con una inmensa carecada que duró por lo menos tres minutos, y acabó por degenerar en ataque nervioso. Este incidente no me prometía nada bueno, sobre todo cuando el segundo me advirtió que su capitán tenía la embriaguez muy alegre. El buque era apenas de sesenta toneladas, y la tripulación se componía del capitán, el segundo, tres marineros y yo: total, seis personas... C. W.

(Se continuará.)

## España en Londres.

(Continuación.)

CARTA NOVENA.

Las cuestiones sometidas á la discusión del congreso de beneficencia de Londres eran las siguientes:

Primera. — ¿Conviene conceder al Estado la facultad de separar de sus padres á los hijos moralmente abandonados, encargándose de su educación, y si necesario fuese de todas sus necesidades?

Segunda. — ¿Conviene que la asistencia á las escuelas públicas sea obligatoria, y en este caso, bajo qué forma y con qué límites debe establecerse semejante obligación?

Como se ve, ambas cuestiones son quizás las más interesantes de cuantas se agitan en el mundo de la inteligencia y á los ojos de la filosofía práctica del siglo XIX. Todos los pensadores están persuadidos y han logrado llevar al ánimo público la convicción de que el hombre moral, esencialmente bueno por naturaleza, se pervierte por la falta de educación, ó modifica y refrena sus malos instintos, si los tiene, por medio de la educación misma; lo que equivale á decir que hay en el mundo moderno una palanca poderosa para perfeccionar al género humano hasta el límite donde es posible su mejoramiento. Todos los pensadores conocen también que la educación, reducida ya hoy á proporciones sencillísimas y de fácil ejercicio, podría en un corto espacio de tiempo regularizar las sociedades, ilustrando convenientemente á todos sus individuos con arreglo á las facultades mentales de cada uno, y sin otro desnivel que el natural y necesario para el equilibrio perfecto de la máquina social organizada por la experiencia de los siglos. Existen pues al alcance del hombre, debajo de la mano del hombre, todos los medios para conseguir en un día dado la realización del bello ideal que por tantas generaciones se ha perseguido; y bajo este punto de vista no es cuestionable ni nadie querría oponerse á su adopción, facultando á los gobiernos para separar de sus parientes á los niños descuidados en su cultura moral, para educarlos, para sostenerlos, para obligar á la ilustración común sin límites de ninguna especie, y en una palabra, para cambiar la faz del mundo con sencillez y brevedad comparables á las que emplean los reglamentos de policía urbana para cambiar el aspecto de las poblaciones.

Tal es el estado teórico de la cuestión más trascendental del mundo moderno; y sin embargo, su práctica ofrece un número de contrariedades, se presta á tanta copia de razones discordes, que no parece sino que la felicidad de la tierra esta siempre tocándose á la vista del hombre; pero como la sombra que, sin lucir completamente, no se pone nunca bajo el alcance de la mano. ¿Quién es el que va á escoger los niños abandonados en su cultura moral? ¿Qué clase y forma de policía va á establecerse para no separar de la familia más que á los niños cuya descuidada educación induzca á presumir que serán con el tiempo nocivos á la sociedad pública? ¿Qué garantías conservará el hogar doméstico una vez establecidas estas pesquisas morales? Y por otra parte, ¿no tiende esta medida á aumentar el número de abandonados? ¿No será una especulación lucrativa y poco cruel para el hombre de escasa fortuna el abandonar á sus hijos para que el Estado los sostenga, instruya y dé colocación en el mundo, como jamás pudieran darle los que solo poseen un nombre y una miseria? ¿No sería esto además la abolición oficial de la familia, ya que no fuera también la ruina del Estado?

Y en cuanto á la enseñanza obligatoria, ¿dónde es-

tán los medios para otorgar la enseñanza en todas las localidades en que se necesita? ¿Cuál va á ser el método que se emplee para otorgar esta enseñanza con relación á la Tortuna y probable destino de la criatura á quien se la da por fuerza? ¿Quién compensa al niño de la parte de peculio ó instrucción mecánica que pierde durante el tiempo, nunca demasiado breve, que ha de emplear en su educación literaria? ¿Quién y cómo se compensa á los padres de la ayuda directa ó indirecta que pueden prestarle sus hijos menores para reunir entre todos la suma suficiente á remediar el hambre y la desnudez de todos? ¿Va el Estado, no pudiendo recoger á los niños, á recoger toda la familia? ¿Van los gobiernos, que apenas pueden ser tutores, á convertirse en padres de la clase proletaria, que es también la más numerosa de las naciones? Y por último, ¿en nombre de qué revelación divina ó humana puede ejercer el Estado la tiranía de que se eduquen todos los hombres de una misma manera, y cuales van á ser los castigos que imponga á las innumerables familias que se niegan á la educación de sus hijos?

Hé aquí las diferentes tesis que en primer término se destacan de estas importantes cuestiones, á ninguna de las cuales se las ve solución y límite cuando se escuchan los razonamientos de las diversas escuelas analizadoras. Consolador es, sin embargo, que los partidarios de la libertad absoluta, los sustentadores de todas las libertades públicas y casi de las privadas, sean también los que con más calor defiendan la tiranía de la enseñanza, lo cual demuestra que en las cuestiones de instrucción tienen un fin análogo, aunque en puntos de vista ejecutivos discorden la mayor parte, si no la totalidad, de los que dedican su atención á la marcha progresiva de las sociedades.

Nadie niega la importancia de la primera educación, nadie se opone á que esta se impulse y generalice hasta el último extremo; y solo en la manera de conseguirlo, en si ha de hacerse pronto y á la fuerza, ó poco á poco y por medios indirectos, es en lo que varían las opiniones de los hombres que se ocupan activamente en el asunto. Nosotros estaríamos dispuestos á formar al lado de los que quieren la enseñanza obligatoria, si alguno de los argumentos que oímos nos hubiese persuadido de que esta enseñanza era posible en el estado actual de las sociedades, porque profesamos en muchos puntos la doctrina (que asustará sin duda á los modernos economistas) de que á la libertad puede llegarse muy pronto por medio de ciertos despotismos, así como á la ilustración se llega infalible y prontamente por la tiranía del cepo con que nos amenazaban en la escuela. Pero al ver que los partidarios de este bello proyecto no hacen más que declamar brillantísimamente sobre la base de un mundo que debiera existir, olvidando el mundo que existe, confesamos que las razones expuestas por los individuos de la mayoría del congreso nos hicieron más fuerza; y aunque no halagaban tanto á nuestro entusiasmo, halagaban mucho más á nuestro entendimiento.

Mandar una cosa irrealizable, sobre ser ridículo, puede producir efectos contrarios á los que se desean. Decir á un padre que eduque á su hijo sin ponerle la escuela á la puerta de su casa; decir á una viuda que se desprenda de sus muchachos, con el trabajo de los cuales reúne afanosamente el jornal del marido que se murió; decir á unos huérfanos abandonados que en lugar de aprendices de taller se pongan á pupilos de un colegio, no solo es ridículo, volvemos á decir, sino ocasionado á que la ilustración se mire como enemiga en vez de buscarse como hermana. Encarcelar además á los parientes de un niño porque no le envían á la escuela (pues multas no han de sacarse á los que por absoluta pobreza no educan á sus hijos); armarse de códigos y policía para hacer la felicidad del género humano, y luego no contar con recursos para alcanzarla, es el colmo del delirio, por no decir de la insensatez. Declárese en buen hora obligatoria la educación para todo el que pueda adquirirla; ensánchezese ilimitadamente el número de las escuelas públicas; establézcanse en los cuarteles, en las cárceles, en las fabricas, en las minas y en toda clase de establecimientos que dependan del Estado; arbitrense ingeniosos premios, como por ejemplo, el de la rebaja en el servicio militar á cuantos sepan leer y escribir con corrección (poderosa palanca que en nuestro país produciría en diez años una suma de ilustración mayor que cuantas leyes obligatorias pudieran inventarse); introdúzcase, en fin, y esto es lo principal, en las costumbres públicas la idea de que la educación debe ser obligatoria, y los esfuerzos de la colectividad serán más fructuosos que los del individuo ley.

Francia, que es la nación más administrada y reglamentada del mundo, está viendo con dolor los escasísimos aumentos de su enseñanza popular; mientras Inglaterra, que es de las naciones menos propensas á mezclarse en la suerte especial del individuo, toca consoladores progresos en la educación de sus clases trabajadoras. ¿Y por qué? Porque en Inglaterra las costumbres públicas han dispuesto que fabricas, talleres y tiendas se cierran á una hora cómoda del día para que los dependientes, y sobre todo los muchachos, puedan instruirse sin dejar de adquirir el sustento; porque no hay establecimiento público ó privado de que la educación deje de formar parte muy principal; porque no sale de las casas de corrección, ni de las de beneficencia, ni de las de asilo, persona alguna que no haya adquirido con más ó menos latitud los elementos del saber necesario; porque los amos exigen educación de sus criados, la milicia exige educación de los militares, la

Iglesia exige educación de sus feligreses; porque el pueblo todo está convencido de que la educación es el primero y principal tributo que el individuo debe pagar al Estado; y cuando un pueblo se propone una cosa, la consigue con mayor facilidad y a menos coste que la legislación más sabia ó menos contemplativa.

Nosotros creemos pues que la enseñanza debe ser obligatoria, pero que no debe ser violenta: las obligaciones, como la de ser religioso, no se han alcanzado nunca violentamente, y épocas de verdadera religiosidad han visto las naciones. Armado el administrador, armado el dueño, armado el jefe de la garantía obligatoria que la ley debe proporcionarle para la instrucción del pueblo, no hay otro camino en el estado actual del mundo, que hacer por medios indirectos y hábiles lo que la desidia, la pobreza y la ignorancia se oponen siempre a realizar. Un cura de parroquia, un alcalde de pueblo, un propietario de tierras, pueden hacer más por la instrucción de sus feligreses, convecinos y colonos que la guardia civil ó el juez de primera instancia; advirtiendo que los que así obran, obran en su provecho, pues no hay feligresía más fácil de conducir, ni vecindario más sencillo de administrar, ni colonia más susceptible de florecer que aquellas de que la oscuridad se destierra, y en que la aplicación ó el entretenimiento de la enseñanza sustituye a los viciosos hábitos de la pereza.

Esto es próximamente lo que el congreso de Londres ha venido a decidir en el medio término propuesto interinamente para conciliar las opiniones encontradas que aun siendo calorosas, tendían unánimes, sin embargo, al objeto común del ensanche indefinido de la enseñanza.

En cuanto al socorro y asistencia de los niños moralmente abandonados, ha prevalecido en el congreso una opinión hija de las circunstancias especiales del país donde se sustentaba. Inglaterra observa un método para el amparo de los niños, diferente del de la mayoría de las naciones. Los expósitos, por ejemplo, no pueden depositarse con la absoluta reserva que se concede en las inclusas de nuestro país: hay que llevarlos a cara descubierta y justificar las causas del abandono, ó lo que es lo mismo, hay que confesar un crimen, a no ser que para ocultarlo se cometa otro infinitamente mayor. Hasta qué punto sea este método beneficioso para la sociedad, no es esta la ocasión de discutirlo; bastando exponer, como de paso, las dudas que nos asaltan de que la moral pierda con la práctica lo que gane con la intención de la idea. No podrá decirse de los ingleses lo que se dice de nosotros, así como de muchas otras naciones, que protegemos el abandono con la eficacia y comodidad del amparo; pero sí podrá decirse de ellos que provocan crímenes horribles con su sistema de investigación y publicidad. Así se explica cómo ha prevalecido en el congreso la idea de la investigación sobre el abandono moral antes de remediarlo; esto es, el empleo de la policía doméstica anterior al socorro público de los niños. Mas como la adopción de semejante método, sobre ser impracticable en el hecho, es falaz en las apreciaciones, resulta que el asunto ha quedado intacto, porque efectivamente es irresoluble por ahora.

Antes de adoptar sobre este punto medidas legales se necesita resolver la cuestión previa de cuál es la línea divisoria entre la corrección y la beneficencia; dónde acaba la caridad que se ejerce con el abandonado, y dónde principia el castigo que se impone al que es por su ignorancia víctima de un abandono. Todos lamentamos que en las plazas y en los caminos pululen multitud de adolescentes, cuyas familias se desconocen, entregados a todo linaje de corrupción y de escándalo; todos sabemos que esto necesita remedio y todos deseamos que lo tenga; pero este remedio ¿ha de ser una prisión ó un refugio? ¿ha de ser un castigo ó una caridad? Si lo segundo, es infructuoso, porque el muchacho viciado no querrá sujetarse al estudio y trabajo que se le impongan, a más de que lo cómo del asilo podrá producir, como manifestamos antes, abandonos numerosos por especulación: si lo primero, ¿cuál es el derecho en que se pueden fundar castigos para faltas ó crímenes presuntos? ¿A dónde nos llevaría el sistema de las inducciones probables? ¿Qué legislador aprueba, ni aun concibe las leyes de los sospechosos?

Asunto es este que a nuestro humilde entender merecía la publicación de un concurso científico bien premiado, por sí de la pluralidad de pensamientos resulta uno capaz de conciliar prácticamente los extremos contradictorios del problema; y ningún país como el nuestro exige con tanta perentoriedad solución satisfactoria sobre él, porque ninguno tiene tan abandonado el abandono moral de los niños pobres.

Bien se nos alcanza que cuando todo se encomienda a los gobiernos, ni todo puede hacerse de una vez, ni algunas cosas pueden hacerse nunca por falta de recursos para plantearlas. Es imposible que la colectividad, representada por el Estado, ejecute lo que sería muy sencillo a la colectividad representada por ella misma. Si el gobierno inglés tuviera a su cargo la beneficencia, no habría en Londres seguramente como hay hospitales para enfermos de la vista, hospitales para tísicos, hospitales para cancerosos, para dementes, para maniacos, para imbeciles, para caducos, para todas, en fin, las generales y especiales desdichas; pero en Inglaterra el pueblo se encarga de sus necesidades; y a la manera que en nuestra patria la suma de devociones aisladas hacia determinadas imágenes constituye un culto religioso, esplendente y universal, así en esta nación la suma de aficiones aisladas, digamoslo así, hacia deter-

minados objetos benéficos, constituye una beneficencia tan vasta y rica como al Tesoro público, aun siendo tan opulento, no le sería posible sufragar.

Si en todas las casas donde hay numerosa familia se hiciera la caridad de enseñar educación primaria a los criados (fórmula tan propia de nuestras francas costumbres domésticas); si lejos de mirar indiferentemente, como lo hacemos, al chico abandonado en la calle, contentándonos todo lo más con murmurar del gobierno que lo consiente, habláramos a ese chico, sondeáramos su especial instinto y sus aptitudes, induciéndole a buscar ó buscándole por nosotros mismos un empleo a su actividad, un alimento a su inteligencia; si en vez de compadecer en silencio a la pobre muchacha que principia a ejercer un miserable tráfico, cuya pobreza la expone a cambiarlo por otro más vergonzoso más adelante, hiciésemos algo por iluminar su razón para que pudiera emplearla en menos peligrosa tarea ó contener las funestas contingencias de la ignorancia, es bien seguro que a los gobiernos no les quedaría ya más cuidado que vigilar ó corregir la depravación voluntaria é intencionada, para lo cual sobran medios sencillos que no implican cuestiones legales ni áridos problemas de filosofía.

Pero querer abandonar las cosas del espíritu a los administradores de la materia pública, y exigir que todo se haga pronto, barato y bien, es en algún modo equivalente a dejar abierta la puerta de la casa en la confianza de que el sereno de la calle no va a dormirse, y que aun despierto podrá él solo contener el ataque de una numerosa banda de salteadores.

Grave es ciertamente el asunto que el congreso tomó por principal tema de sus trabajos; mas no es menos grave el tono que nosotros hemos tomado al exponerlo, y esto nos induce a dejar para otro día diversos particulares, y entre ellos la relación sabrosa é interesante del convite que a los miembros extranjeros dió en el primer momento de sus reuniones, la sociedad inglesa de la Templanza.

(Se continuará.)

### El señor don Carlos Antonio Lopez,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PARAGUAY.

(Fragmentos).

El actual presidente del Paraguay es una de las figuras más notables de las repúblicas latino-americanas. Juzgado severamente por los unos, elogiado sin medida por los otros, ya es tiempo de hacerle la justicia que merece, teniendo en cuenta sus actos, dando a conocer la situación en que se halla la república paraguaya, y no olvidando las circunstancias difícilísimas en que subió al poder ese inteligente ciudadano.

Esto es lo que procuraremos hacer al trazar estas líneas.

El señor don Carlos Antonio Lopez nació, si no hay error de cuenta, en 1801. Destinado a la carrera eclesiástica, en un país que había sido largo tiempo regido por los padres jesuitas, hizo sólidos estudios. Cambiando luego de dirección, versado ya en las ciencias teológica y canónica, siguió la carrera del foro, y obtuvo las borlas de doctor.

Después de los jesuitas, sucedió la dominación del doctor Francia, cuyos hechos son tan conocidos. Cuando el famoso dictador murió en setiembre de 1840, el llamado Juan José Medina, asociado a otros sujetos, se apoderó del mando supremo. El ejército de la capital se pronunció contra esos improvisados gobernantes, que fueron derrocados el 9 de febrero de 1841.

A un jefe militar se confió entonces el poder, y este convocó un Congreso, que se reunió el 12 de marzo del mismo año. Este Congreso creó un gobierno consular dictándole ciertas bases de gobierno, y los cónsules electos fueron los señores comandantes Mariano Roque Alonso, y don Carlos Antonio Lopez, rico *hacendado*.

El Paraguay había estado secuestrado del comercio del mundo. Los cónsules quisieron romper con el pasado, y poner al Paraguay en contacto con las naciones civilizadas.

A la sazón se hallaba en guerra la provincia argentina de Corrientes con la de Buenos Aires. Con aquella concluyó un tratado de amistad y de comercio el gobierno consular.

Para noviembre de 1842 fué convocado un Congreso extraordinario, que confirmó la independencia de la república, declarándolo así en un acta del 25 de aquel mes. También los representantes del pueblo aprobaron los actos y proyectos de los cónsules.

La república argentina se hallaba entonces bajo el bárbaro y sangriento despotismo del famoso Rosas. Este, viendo que el Paraguay se ponía en contacto con las naciones extranjeras y que aspiraba a ocupar un alto rango, se negó a reconocer la independencia de ese Estado.

A consecuencia de la actitud que asumía con respecto al Paraguay el hijo de las Pampas, un nuevo Congreso se reunió en 1844, expidió la ley fundamental de la república, y eligió un presidente, a quien se investió de una suma considerable de poder.

El presidente electo fué el señor don Carlos Antonio Lopez. La administración interior y las relaciones exteriores llamaban más que nunca la atención del gobierno. En cuanto a lo primero, todo estaba por organizar.

Por lo que hace a lo segundo, Rosas amenazaba con la guerra al Estado del Paraguay.

El señor Lopez se dedicó a dotar al país con aquellas instituciones que reclamaba el estado incipiente del pueblo; y si hay algo que criticar en esa obra, no es este el lugar aparente para ello.

Desplegando actividad y constancia, creó una fuerza armada suficiente para mantener el reposo público y para hacer respetar la independencia de la república.

El 2 de diciembre de 1844, el Paraguay concluyó una nueva convención con el Estado de Corrientes. El presidente señor Lopez participó a Rosas que esa convención había sido ratificada, y pidió que se abriese la navegación entre el Paraguay y las provincias argentinas.

Rosas, con fecha 22 de marzo de 1845, declaró al gobierno del señor Lopez, que no se prestaría a entrar en arreglos mientras que el Paraguay continuara gobernándose como Estado independiente. En el mes de abril, el dictador expidió un decreto, por el cual se cerraban los puertos de las provincias argentinas a los productos del Paraguay, cualesquiera que fuesen su naturaleza y puerto de donde procediesen.

El señor presidente Lopez, cansado al fin de la arrogancia de Rosas, recogió el guante que se le arrojaba, y declaró la guerra al dictador el 4 de diciembre de 1845. El mando del ejército paraguayo fué confiado al inteligente y hábil general Francisco Solano Lopez, hijo del presidente.

A principios de 1845, los Estados Unidos ofrecieron su mediación, y el comercio y la navegación quedaron restablecidos entre el Paraguay y Buenos Aires. Pero el señor presidente Lopez, temiendo nuevos actos de hostilidad por parte de Rosas, permitió que atracasen en los puertos del Paraguay los buques argentinos, con excepción de los de Buenos Aires. Tanto más imperiosa era la necesidad de adoptar esa medida, cuanto que el dictador se apoderó poco después de la provincia de Corrientes, creciendo así el peligro en que se hallaba el Paraguay.

Entre tanto, el señor Lopez no descuidaba los intereses del país que le había confiado sus destinos. Si se notaba la ausencia de ciertas instituciones políticas, el incremento de la riqueza pública era visible, y considerables las obras emprendidas para la defensa del país, que a la vez debía temer las incursiones de los indios malays y la agresión de los seides de Rosas.

Bajo la administración Lopez, en 1849, se habían levantado notables edificios públicos, abierto caminos carreteros, se habían ahondado puertos, establecido vastos locales para las escuelas primarias, fundado una marina nacional, construido líneas de defensa sobre la ribera izquierda del río Paraguay y sobre las montañas del Este, formado un ejército respetable. La agricultura y el comercio habían tomado gran vuelo.

En ese año, el señor Lopez fué reelecto presidente por un período de cinco años.

En 1852, a la caída del tirano Rosas, se inauguró una nueva era en la república argentina; entonces, el 25 de agosto, el gobierno argentino reconoció formalmente la independencia del Paraguay, y abrió a sus buques la navegación de los ríos argentinos, permitiéndoles la libre entrada en los puertos de la confederación.

En 1853, el Paraguay entró de lleno en relaciones con la gran familia de los Estados libres é independientes. Celebró tratados de amistad, comercio y navegación con la Francia, la Inglaterra, los Estados Unidos y la Cerdeña.

En 1854 se reunió el Congreso y reeligió presidente al señor Lopez por diez años. Este solo aceptó el encargo por tres años.

Empezó por aquella época la discusión con el gobierno de los Estados Unidos. El señor Lopez no accedió a las injustas exigencias que se le hacían; una escuadra norte-americana fué al fin enviada a las aguas del Paraguay; el señor Lopez estaba preparado a la lucha; pero intervino a tiempo el gobierno de la república argentina, y gracias a sus buenos oficios se celebró una convención entre los Estados Unidos y el Paraguay, por la cual se sometieron todas las cuestiones pendientes al examen de una comisión mixta.

Esta comisión empezó a funcionar en Nueva York, y examinadas las reclamaciones de los *yankees*, el digno presidente, M. Jones, declaró — que las reclamaciones eran insostenibles; que los Estados Unidos estaban resueltos a hacer respetar sus derechos y los intereses de sus hijos, ya se tratara de una nación fuerte ó de un Estado débil; pero que no consentirían jamás en labrar fortunas orientales a los norte-americanos con detrimento de la justicia y del derecho ajeno. Los Estados Unidos habían gastado cuatro millones de dólares en la expedición. Si perdieron dólares, ganaron honra y dieron un hermoso ejemplo que ojalá fuera imitado por otras potencias.

El gobierno del Paraguay pagó al de la confederación argentina la deuda de gratitud que para con él había contraído, pues en 1859, cuando las fuerzas de las trece provincias y la de Buenos Aires estaban al punto de cruzar sus armas en una guerra impía, la mediación del Paraguay detuvo los brazos prontos a descargar el golpe, y obtuvo que se celebrase el pacto de familia en San José de Flores.

En 1857, los paraguayos, de acuerdo con el régimen electoral que existe en ese Estado, invistieron al señor Lopez con igual suma de poder a la que antes le habían dado, y esto por el término de diez años.

Entre las cuestiones diplomáticas que se han suscitado al Paraguay en estos últimos años, figura la conocida con el nombre de Canstatt. Sugeto nacido de un pa-

dre belga naturalizado en el Uruguay y casado con una señora de Montevideo, pasó al Paraguay y de repente se hizo figurar como súbdito inglés. En calidad de tal se creyó con derecho pleno y entero para conspirar, y en ejercicio de tan inocente derecho entró en una confabulación nada menos que para asesinar al presidente señor Lopez.

Descubierta la trama de los conspiradores, Canstatt fué juzgado y sentenciado á la pena capital. El presidente tuvo la feliz inspiración de perdonar al criminal.

Peró el cónsul inglés en la Asunción alzó la voz contra las autoridades que habian impedido á Canstatt el ejercicio de su derecho, y pidió satisfacción á la bandera inglesa, indemnizaciones para el criminal, etc.

El cónsul fué sostenido, lo que parecia imposible si no constase de documentos publicados, por el gobierno inglés. El del Paraguay sostuvo sus derechos con energía y constancia. El representante del Paraguay en Lóndres, señor don Carlos Calvo, aun cuando no fué admitido por lord John Russell, batió en brecha al gobierno británico en el campo de la discusión.

En el exámen de ese negocio, que aqui solo mencionamos, nos ocupamos detenidamente en un trabajo separado. El resultado final ha sido que el gobierno inglés ha reconocido al fin la justicia que asiste al Paraguay, y que la cuestión ha sido terminada amistosamente entre el ministro inglés, M. Thorton, y el honorable señor Sanchez, ministro de Relaciones Exteriores de la república.

Salvado el punto de honra nacional, el señor presidente Lopez se pudo mostrar generoso, como lo ha hecho, en cuanto a los incidentes que surgieron del negocio principal.

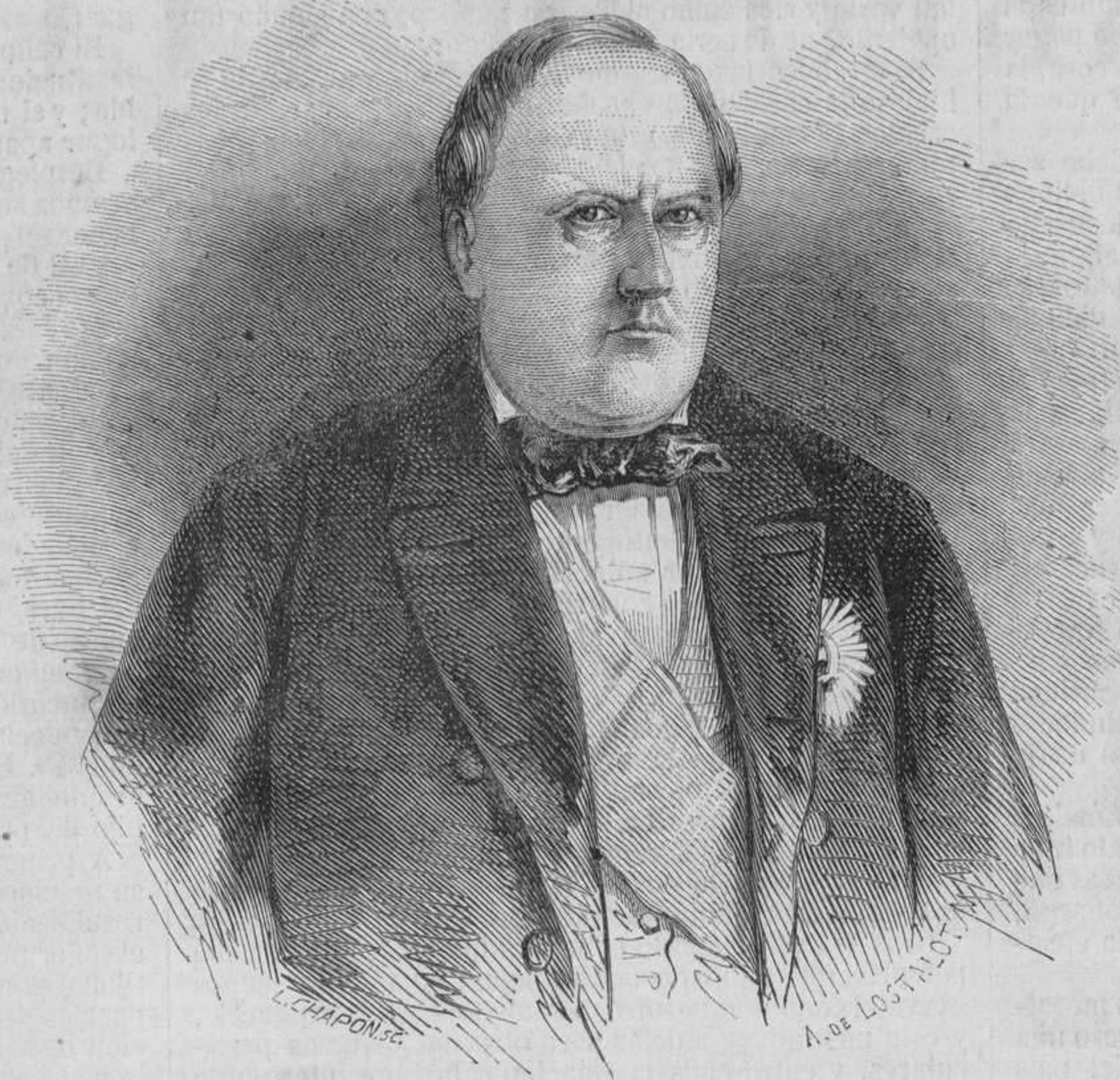
El comercio del Paraguay aumenta considerablemente: no ha bajado en estos últimos años de una cifra de cuatro millones de pesos.

Hoy ese Estado cuenta con vapores de alto porte y considerable fuerza, fabricados en el país, y que sirven las líneas de la Asunción á Montevideo y Buenos Aires, así como las del interior.

Tambien tiene bastante avanzadas algunas líneas férreas que ponen en comunicacion los centros mas populosos.

En fin, el Paraguay, aun cuando goza de menos libertad teórica que las otras repúblicas americanas, goza de seguridad y avanza en la senda del progreso.

En materias políticas, sin embargo, el Paraguay adelanta lentamente; y el que se muestre muy exigente no debe olvidar que el señor Lopez ha tenido que ir con tino y por grados al tratarse de un pueblo que durante



EL SEÑOR DON CARLOS ANTONIO LOPEZ,  
Presidente de la república del Paraguay.

tantos años estuvo sometido á la dominación del doctor Francia, y que luego estuvo en lucha con el tirano Rosas.

El tiempo es elemento indispensable para el desarrollo de los pueblos como de los hombres.

Paris 1862.

T. C.

**Fresco de Juan Girardet**

EN LA ESCALERA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE NANCY.

En el momento en que cada ciudad toma, digámoslo así, un nuevo aspecto y se trasforma, se ve tambien que á los monumentos, restos de un glorioso pasado pa-

ra las artes, se sustituyen otros de toda especie que vienen á reemplazar con inmensas proporciones á los que hacian la admiración de los últimos siglos.

De este modo Nancy, la ciudad lorena que poseia admirables pinturas de Girardet, va á ver desaparecer una de aquellas hermosas composiciones que habia imaginado el pintor recorriendo los palacios de Italia.

Girardet (Juan) nació en Luneville el 13 de diciembre de 1709. En un principio se consagró al estado eclesiástico, y siguió sus cursos en el colegio de Nancy, pero mas tarde entró en la universidad de Pont-a-Mousson y se dedicó al estudio del derecho. Sin embargo, muy luego este estudio fué interrumpido y entró en el servicio, hasta que por último, la naturaleza habló al corazón del joven soldado, que cambió su lanza por un pincel.

Claudio Charles, á la sazón profesor de dibujo en Nancy, se sorprendió con las disposiciones del joven artista, y decidió á sus padres á que le permitieran seguir su inclinación. Entonces comenzó á pintar y se fué á Italia, donde trabajó ocho años mientras estudiaba las grandes obras de los maestros. En Florencia llevó á cabo diferentes tareas: pintó el techo de la biblioteca de los grandes duques y el de la galería principal, pero como queria mucho á su país, la Lorena, salió por fin de Italia.

A su regreso el duque Francisco III de Lorena le encargó que ejecutara diferentes cuadros, y aun se ven algunas de sus obras en los palacios de Commercey, de Luneville, de la Malgrange, etc., así como tambien en Metz, Pont-a-Mousson, Sainte-Marie-aux-Mines, Verdun y Nancy, donde pintó al fresco el salón principal de las casas consistoriales y la magnífica escalera que aqui reproducimos, en la que existe una admirable composición que debe desaparecer por causa del ensanche del edificio.

Entre sus otras grandes pinturas se deben citar los retratos del rey Estanislao, de Maria Leczinska y del rey Luis XV. En 1743 hizo la decoracion para la pompa fúnebre de S. A. R. la princesa Carlota, y en 1749 fué llamado á Bruselas para hacer el retrato de Su Alteza Real el principe Carlos.

El rey Estanislao le queria mucho y le nombró su primer pintor de cámara. Finalmente, en 1762 pintó el techo de un gran salón en Stuttgart. Girardet era segundo sobrino de Carlos Melin, famoso pintor en Lorena. Murió el 28 de setiembre de 1778, y fué enterrado en la iglesia de San Sebastian, donde aun se ve en el dia la tumba que le elevaron sus amigos.

C. F.

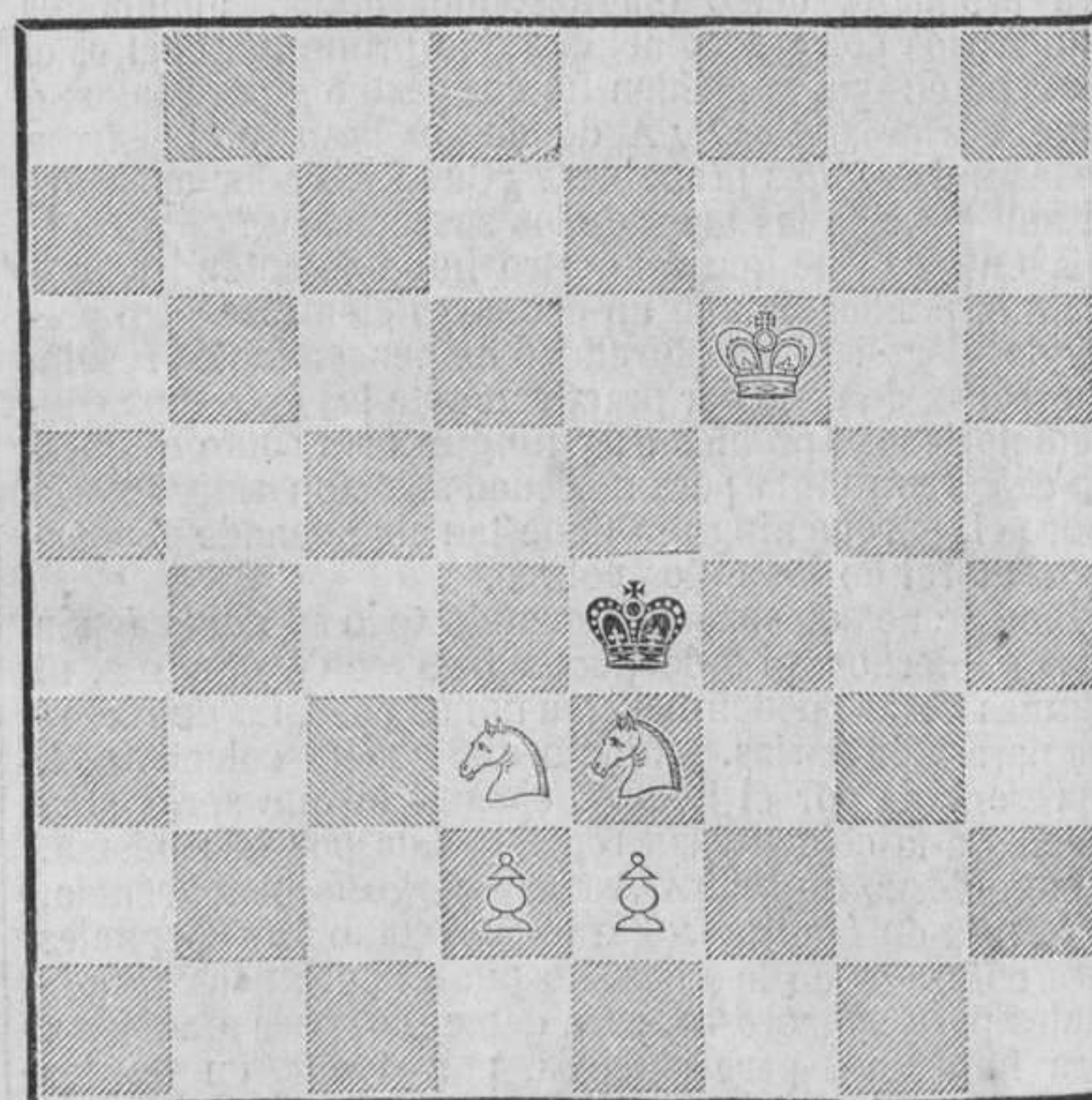
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 24.

- |     |              |                  |
|-----|--------------|------------------|
| 1   | Ra TR        | T jaque (a)      |
| 2   | Ra come T    | Ra come P        |
| 3   | Ra ARa       |                  |
| 4   | Ra ó C mate. |                  |
| (a) | 1            | Ra 7a PRa come P |
|     | 2            | Ra come Ra       |
|     | 3            | R come Ra        |
|     | 4            | Ra ó C mate.     |

PROBLEMA NUM. 25, POR M. HERR KLING (CH. P. C.)

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en once jugadas.



Fresco de Juan Girardet en la escalera de las casas consistoriales de Nancy.